

Escritos del monje Silvano del Monte Athos

Introducción¹

I. “Todavía no he alcanzado la humildad”

“Padre mío, quiero ser monje. Rece para que el mundo no me retenga”². El joven y temperamental paisano ruso de veintiséis años, dejaba este lacónico y significativo mensaje al gran espiritual P. Juan de Cronstad (1829-1908), antes de ingresar al Monte-Athos³. Y con Silvano golpeaba a las puertas del monasterio el alma del pueblo ruso, con una lúcida conciencia de pecado, su capacidad de arrepentimiento, y su fe inquebrantable en la misericordia de Dios

Los archivos del monasterio dedicado al mártir San Panteleimón el Grande⁴, nos informan escuetamente acerca de él. “Padre. Silvano, monje del gran hábito. Nombre civil: Simeón Ivanovitch Antonov, campesino de la provincia de Lebedinsk, pueblo de Chovsk. Nacido en 1866. Llegó al Monte-Athos en 1892. Recibió el pequeño hábito⁵ en 1896. El gran hábito⁶ en 1911. Cumplió las siguientes obediencias: en el Molino de Kalamareia (propiedad del monasterio fuera del Monte-Athos), en el Antiguo Rossikon y en el Economato. Falleció el 24 de setiembre de 1938”⁷.

No es cosa fácil ser canonizado en vida en un monasterio. ¡La sabia máxima que san Benito propone en su Regla: “No quieras ser tenido por santo antes de, serlo, sino sólo realmente para que lo digan con verdad” (RB 4,62), se realizó una vez más!

Un asceta venerable que convivió medio siglo con Silvano, leyendo algunos de sus escritos póstumos, recién se animó a afirmar: “Ahora me doy cuenta que el Padre Silvano alcanzó la estatura de los Santos Padres... Su muerte me ha convencido... Siempre lo aprecié... Pero cuando hablaba de la oración, y de Dios como de su propio Padre, tenía algo de atrevido y audaz... Me parecía que había perdido el temor de Dios”⁸.

Es que la muerte fue para Silvano el acontecimiento más serio e importante de su vida. Pocos días antes de su fin, un discípulo le preguntaba:

¹ Tomado de: *Cuadernos Monásticos* n. 55 (1980), pp. 453-465.

² Archimandrita SOFRONIO, *Starets Silvano (Vida - Doctrina - Escritos)*, Paris, Eds. Présence, 1973, p. 23. Salvo indicación en sentido opuesto cuando se anota sólo el número de página nos referimos a esta obra.

³ La península del Monte Athos, que todavía hoy el pueblo griego llama “la Santa Montaña”, se halla situada en la región meridional de la Tracia griega. Tiene una superficie de 321 kilómetros cuadrados y está unida al continente por un istmo de 2 kilómetros. Una cadena montañosa que se eleva progresivamente desde el istmo hasta una altura de 500 a 1200 metros, constituyen el esqueleto de la península. Toda esa masa rocosa, recubierta en gran parte por bosques y tierras cultivadas, es dominada por el pico imponente del Monte Athos (2033 metros) que le da su nombre a la península. Los primeros monjes llegaron a esta península hacia el año 820 y a partir del año 961 comenzó la época de florecimiento de la Santa Montaña. En nuestros días el Monte Athos pasa por un período de declinación. Hacia 1930 la península contaba todavía con 4.858 habitantes, siendo la mayor parte monjes. En 1950 la cifra total de monjes era inferior a los 1500. Para la historia del Monte Athos ver E. AMAND DE MENDIETA, *Le Mont-Athos. La presqu'île des caloyers*, Bruges, Eds. D.D.B., 1955.

⁴ Según los datos más dignos de confianza San Pantaleón murió mártir durante la persecución de Diocleciano, hacia el año 305. “En Oriente se le profesa gran veneración como mártir y taumaturgo y como uno de los médicos que asistían gratuitamente a los enfermos” (A. BUTLER, *Vida de los santos*, México, Colliers International - John W. Clute, 1965, vol. III, pp. 195-196). Los monjes rusos se instalaron en el Monte Athos a principios del s. XI. En el año 1142 fundaron el monasterio de Xylourgou, y en el año 1169 recibieron un viejo monasterio para restaurarlo, lo dedicaron a san Pantaleón y lo transformaron en su casa principal. Tal es el origen del monasterio de los Rusos que debería jugar un papel muy importante en la segunda mitad del siglo XIX y en los veinte primeros años del siglo XX. Después de la revolución de octubre de 1917 la U.R.S.S. ya no envió más monjes, ni peregrinos ni ayuda económica a los monasterios rusos del Monte Athos. Silvano vivió en el monasterio de los Rusos y sus dependencias. Ver E. AMAND DE MENDIETA, *op. cit.*, pp. 28. 57.

⁵ *Pequeño hábito* es el que reciben los monjes ortodoxos cuando pronuncian Los votos monásticos que tienen carácter definitivo

⁶ *Gran hábito*, al recibirlo los monjes renuevan sus votos monásticos pero con la obligación de vivirlos más radicalmente.

⁷ P. 13.

⁸ Pp. 238-239. El subrayado es nuestro.

- *Starets*⁹, no estará usted por morirse?
 — Todavía no he alcanzado la humildad, fue su respuesta¹⁰.

La vida de este monje sacerdote recorre todas las etapas de la vocación cristiana radicalizada por ese Espíritu, que es el gran motor de su espiritualidad. Vida atormentada en los primeros años por situaciones límite psicológico-espirituales que, entremezclándose con hondas experiencias místicas de la presencia del Señor y su Madre, lo fueron conduciendo a la saludable compunción del corazón. Vida en que la incompreensión de sus hermanos y en especial la de algún confesor, lo pusieron al borde de la desesperación.

En cierta ocasión un monje sacerdote y consejero de la comunidad, dijo a uno de los numerosos huéspedes que venían a consultarlo:

- No comprendo cómo ustedes, universitarios, hombres sabios, visitan al Padre Silvano que es un simple campesino iletrado. ¿No hay acaso alguno más inteligente que él en el Monasterio?
 — Para consultar al Padre Silvano, es necesario ser universitario, respondió el huésped con corazón dolorido¹¹.

Es *gracias a y no a pesar de*, que las pruebas y sufrimientos dócilmente aceptados en actitud orante, amor servicial y con esperanza indeclinable, van colaborando en el genuino proceso de transfiguración del aparentemente rudo Silvano. De esta gradual transformación surge diáfano y luminoso el carisma de la paternidad espiritual, en extraña y llamativa continuidad con la de su padre en la sangre. Una vez había dicho: “Nunca llegaré a ser como mi padre. Era un hombre iletrado... Pero lleno de sabiduría y dulzura¹²”.

Durante sus últimos años, rebosantes de calidez humana y de caridad cristiana, vivencia y palabras se tornan realidad única en este sencillo y silencioso monje. La pureza de corazón y la humildad pacificante y pacificadora, lo han convertido en uno de los grandes místicos de nuestro siglo XX. Es todo fuego. Desbordando los límites puramente históricos y geográficos, su existencia solidaria se ha apropiado, serenamente y sin estridencias, de las palabras con que el inolvidable Patriarca Atenágoras definía la vida monástica: “Es el octavo sacramento de la Iglesia; porque a través de ella, la gracia inunda al mundo entero”.

II. “El señor ama a todos los hombres y tiene piedad de ellos”

Esta frase de Silvano es el mejor resumen de sus escritos; es la expresión más exacta de sus más profundos sentimientos. Silvano se sentía y se sabía realmente amado y perdonado por el Señor. Tenía conciencia de sus faltas, sabía que no había sido un joven edificante, como suele decirse. Pero sintió en su vida la fuerza del perdón y el poder curativo de la gracia, que cambiaron totalmente la dirección de su existencia. Su conversión y, más tarde, su entrada al monasterio llevan la señal indeleble de su profunda experiencia de Dios: “Quien no ha conocido al Señor no puede buscarlo llorando”¹³. Dios irrumpe en su desorden y lo va conduciendo, por los caminos de la humildad y la compunción, “al amor que procede del Espíritu Santo”¹⁴. Este amor lo urgía a rezar siempre más por los hombres y, al mismo tiempo, lo hacía cada vez más sensible a sus propias faltas, impidiéndole deslizarse por la

⁹ En general el término *starets* se utiliza en la iglesia rusa para designar un monje que, por su vida santa y su discernimiento de espíritus, puede dirigir espiritualmente a quienes lo consultan. Es un padre espiritual. Pero además en el monasterio de Silvano “los monjes subordinados, en señal de deferencia, llamaban *starets* al jefe del taller o servicio al que estaban afectados” (p. 456).

¹⁰ P. 232

¹¹ P. 72.

¹² P. 16.

¹³ P. 31.

¹⁴ P. 416.

peligrosa pendiente del orgullo: “Mantén tu espíritu en el infierno y no desesperes jamás”¹⁵. Es decir, considérate como ya condenado, pero seguro de que Dios no permitirá que seas arrojado al fuego eterno. Frase audaz, pensamiento de santa penetración, fruto de una honda experiencia del Dios de Jesucristo.

III. “El Espíritu Santo nos hace parientes próximos de Dios”

Sintiéndose pobre y pecador. Silvano vive con especial intensidad la alegría que brota de la gracia derramada en su corazón por el Santo Espíritu. Por eso toda vez que se refiere a Él sus palabras tienen una fuerza y una calidez que sorprenden, provocando en el lector un sentimiento de perplejidad. “El Hombre no sabe verdaderamente más que lo que experimenta”¹⁶, y Silvano -pobre campesino ruso- experimentó que la gracia del perdón renovó su corazón y le hizo sentir el parentesco que lo unía al Padre. Este nuevo fuego que abrasa todo su ser lo impulsa a enloquecer de amor por todos los hombres y particularmente por los más pobres, los pecadores. “Deseo una sola cosa: rezar por todos como por mí mismo”¹⁷; “rezar por los hombres es derramar la sangre”¹⁸. Toda su vida y su enseñanza están fundadas sobre la certeza de la presencia del Espíritu Santo que nos hace semejantes a Dios y, por lo tanto, nos regala los mismos sentimientos del Padre hacia los hombres. Para Silvano el Espíritu Santo es una presencia fuerte en el corazón del cristiano, que renueva todos sus afectos y pensamientos: “Nuestra alegría es el Espíritu Santo”¹⁹.

IV. Los dichos del monje Silvano

Casi todo lo que sabemos sobre Silvano se lo debemos al archimandrita Sofronio, que tuvo la oportunidad de conocerlo personalmente. Él se encargó de reunir en un volumen la vida, doctrina y escritos²⁰ del santo monje ruso. Son cuatrocientas cincuenta páginas de incalculable valor espiritual. Su lectura no puede dejar indiferente; muchas de las sentencias y enseñanzas de Silvano conmueven hasta las fibras más íntimas del corazón. Sin embargo, puede suceder que la gran cantidad de material que ha compilado el biógrafo impidan, a veces, valorar adecuadamente algunos dichos particularmente densos, plenos de una sabiduría espiritual y humana que mucho los asemeja a los apotegmas de los Padres del desierto. Ha sido esta motivación la que nos ha inducido a publicar una traducción, que lamentablemente no es directa del ruso, de algunos dichos del monje Silvano. Se trata de una selección que de ninguna forma pretende ser exhaustiva, sino más bien entusiasmar a otros para que se acerquen al manantial de aguas límpidas que el Señor ha querido regalarnos en este monje ortodoxo de nuestro siglo²¹.

TEXTO

1. Quien no ha conocido al Señor no puede buscarlo llorando²².
2. Mantén tu espíritu en el infierno, y no desesperes jamás²³.

¹⁵ P. 43.

¹⁶ E. LECLERCQ, *La sabiduría de un pobre*, Madrid, Eds. Marova, 1969, p. 149.

¹⁷ P. 98.

¹⁸ P. 47.

¹⁹ P. 271

²⁰ Ver nota 1.

²¹ Cada dicho va precedido por un número de orden. Al final de la traducción con ese número indicamos la página en que se halla la sentencia en el libro del archimandrita Sofronio e incluimos algunas notas.

²² P. 31.

²³ P. 43. Para una mejor comprensión de este dicho transcribimos el texto completo: “El Padre Silvano se sentó nuevamente en el taburete e, inclinando la cabeza, con el corazón dolorido, hizo esta oración: Señor, tú ves que trato de rezar con un espíritu puro, pero los demonios me lo impiden. Enséñame qué debo hacer para que no me molesten más. Y recibió esta respuesta en su alma: Los orgullosos siempre deben sufrir así por parte de los demonios. Señor, dijo Silvano, enséñame qué

3. Rezar por los hombres es derramar la sangre²⁴.
4. Nuestro hermano es nuestra propia vida²⁵.
5. Cuando el espíritu está todo entero en Dios, entonces el mundo está completamente olvidado²⁶.
6. El Señor ama a todos los hombres y tiene piedad de ellos²⁷.
7. El silencio es la oración incesante y la permanencia del espíritu en Dios²⁸.
8. Si el alma ama a los hombres y tiene compasión de ellos, la oración no cesa jamás²⁹.
9. La salvación reside en la humildad de Cristo³⁰.
10. Toda predicación debe proceder del amor³¹.
11. La verdadera libertad consiste en permanecer constantemente en Dios³².
12. Nosotros sabemos que cuanto más grande es el amor, más grandes son los sufrimientos del alma; cuanto más total es el amor, más total es el conocimiento; cuanto más ardiente es el amor, más ferviente es la oración; cuanto más perfecto es el amor, más santa es la vida³³.
13. Creer en Dios es una cosa, conocerlo es otra³⁴.
14. El corazón de un ermitaño es un templo, y su espíritu un altar, porque el Señor ama habitar en el corazón y en el espíritu del hombre³⁵.
15. El Espíritu Santo nos hace parientes próximos de Dios³⁶.
16. El Señor ha amado tanto a los hombres que les ha dado el Santo Espíritu y, por el Espíritu Santo, el hombre ha llegado a ser semejante a Dios³⁷.
17. El hombre espiritual vuela como un águila en las alturas, su alma siente la presencia de Dios y aunque rece en las tinieblas de la noche, ve todo el universo³⁸.
18. Yo no deseo más que una sola cosa: rezar por todos como por mí mismo³⁹.
19. Humíllate y conocerás no solamente el sol, sino también a su Creador⁴⁰.

debo hacer para que mi alma llegue a ser humilde. Y de nuevo, en su corazón, recibió esta respuesta de Dios"... A continuación sigue el dicho que hemos traducido.

²⁴ P. 47.

²⁵ P. 47.

²⁶ P. 50.

²⁷ P. 61.

²⁸ P. 62.

²⁹ P. 62 *Alma* tiene aquí el sentido de *corazón*. Ver nota a la sentencia 21 (texto que muestra con claridad que son casi sinónimos, por lo menos en el uso que les da Silvano).

³⁰ P. 62.

³¹ P. 63.

³² P. 64. También puede traducirse por "*habitar* constantemente en Dios".

³³ Pp. 73-74. Esta afirmación de Silvano comienza con las siguientes palabras: "Nosotros no comprendemos en su plenitud el amor de la Madre de Dios, pero nosotros sabemos..." (ver p. 335).

³⁴ P. 83. A pesar de que en castellano esta sentencia puede sonar un poco áspera por la parquedad y poca elegancia de algunos de los vocablos utilizados, nos ha parecido mejor respetar al *pie de la letra* el original francés.

³⁵ P. 93. Este dicho va precedido de las siguientes palabras: "El Señor es glorificado en las santas iglesias, pero los monjes ermitaños lo glorifican en su corazón". En un himno de san Efrén hallamos afirmaciones semejantes: "El que en el corazón del desierto celebra completamente solo, es una asamblea numerosa" (ver CM 35, 1975, p. 473).

³⁶ P. 95.

³⁷ P. 97.

³⁸ P. 97.

³⁹ P. 98.

⁴⁰ P. 98.

20. Cuando el alma conoce al Señor por el Espíritu Santo, entonces, de alegría, olvida el mundo entero y no se preocupa más de los conocimientos terrestres⁴¹.
21. Allí donde no hay amor por los enemigos y los pecadores, el Espíritu del Señor está ausente⁴².
22. El Señor le ha regalado al monje el amor del Espíritu Santo. Este amor llena el corazón del monje de dolor por los hombres, porque no todos marchan por el camino de la salvación⁴³.
23. Para llegar a ser uno con todos los hombres, según la palabra del Señor: “Que todos sean uno” (Jn 17,21) no tenemos nada que inventar: todos compartimos la misma naturaleza, por eso sería natural que nos amáramos; y la fuerza de amar es el Espíritu Santo quien la concede⁴⁴.
24. Dios nos busca y se nos manifiesta⁴⁵.
25. Él Espíritu Santo le ha enseñado a nuestra Iglesia los misterios de Dios, y ella es fuerte por su santo pensamiento y por su paciencia⁴⁶.
26. Hay muchos creyentes sobre la tierra, pero pocos son los que *conocen* a Dios⁴⁷.
27. Nuestra vida es simple, pero necesita de la *sabiduría*⁴⁸.
28. Allí donde está el Espíritu del Señor, reinará infaliblemente el humilde amor de los enemigos y la oración por el mundo⁴⁹.
29. El hombre que ha conocido al Señor y la dulzura del Espíritu Santo, llega a ser como un tonto⁵⁰.
30. El monje es un hombre que reza por el mundo entero⁵¹.
31. El mundo subsiste gracias a la oración, pero cuando la oración se debilite, entonces el mundo perecerá⁵².
32. Debemos tener un solo pensamiento: que todos se salven⁵³.

⁴¹ P. 99.

⁴² P. 101. “El Señor es el Creador misericordioso y tiene compasión de todos. El Señor tiene piedad de todos los pecadores, como una madre tiene piedad de sus hijos aunque sigan el mal camino”... A continuación sigue la sentencia que hemos traducido.

⁴³ P. 104.

⁴⁴ P. 104.

⁴⁵ La traducción literal es: “Dios, el primero, nos busca y se nos manifiesta” (p. 109).

⁴⁶ P. 119. El archimandrita Sofronio explica esta sentencia diciendo: “*El misterio divino* que la Iglesia conoce por el Espíritu Santo es el amor de Cristo. *El santo pensamiento* de la Iglesia es que todos se salven. Y el camino que sigue la Iglesia para alcanzar esa meta es la *paciencia*, es decir el sacrificio” (p. 119).

⁴⁷ P. 143. El archimandrita Sofronio señala que por *conocimiento* Silvano entiende “una experiencia de comunión viviente”; el conocimiento es “*co-existencia*, es decir comunión en la existencia” (p. 143). El subrayado es nuestro.

⁴⁸ P. 381. Al decir “nuestra vida” Silvano se refiere a la vida monástica. Hemos subrayado la palabra sabiduría, ya que se trata de la sabiduría, de la obediencia (ver p. 381).

⁴⁹ P. 159. Esta sentencia comienza con las siguientes palabras: “El Señor es humilde y bondadoso (lit.: dulce). Él ama su creatura”. Y concluye: “Si no tienes ese amor, pídelo al Señor que ha dicho: Pidan y se les dará, busquen, y encontrarán (*Mt* 7,7); y Él se lo concederá” (p. 159).

⁵⁰ P. 200. Literalmente debería traducirse: “Llega a ser como un insensato”. Ver *I Co* 3,18-20; GREGORIO MAGNO, *Diálogos*, II, Pról.: “*Scienter nescius et sapienter indoctus*” (refiriéndose a san Benito); III, 20 (refiriéndose a Sanctulo); san AGUSTÍN, *Ep.* 130, 28: “Docta ignorancia, pero docta por el Espíritu de Dios que ayuda nuestra enfermedad” (comentario a *Rm* 8,26). Conviene señalar que Silvano apunta en la misma dirección, como lo indica la continuación de la sentencia que hemos traducido: “Permanece inmóvil, se calla y no desea hablar; como un loco, mira el mundo, pero no lo desea y no lo ve. Y los hombres no saben que él contempla al Señor amado. El mundo es como dejado atrás y olvidado; el alma ya no quiere pensar en él, porque en él ya no encuentra más dulzura” (p. 200). Este pasaje tiene algún parecido con un texto de EVAGRIO PÓNTICO: “Feliz el espíritu que en el tiempo de la oración llega a despojarse de lo sensible” (*Tratado de la oración* 120).

⁵¹ P. 215. En el *Trat. de la oración*, Evagrio dice: “Monje es aquel que está separado de todos y unido a todos” (124).

⁵² P. 216. El archimandrita Sofronio explica que Silvano “sentía la oración por los enemigos y por el mundo todo como vida eterna, como acción divina por el alma del hombre, como gracia increada y don del Espíritu Santo. Y mientras el mundo se muestre capaz de recibir ese don, continuará existiendo” (p. 217).

33. Hay una sola cosa importante: llegar a ser humilde, pues el orgullo nos impide amar⁵⁴.
34. Nuestra alegría es el Espíritu Santo⁵⁵.
35. Dios da la oración a quien ora⁵⁶.
36. Sé humilde, sé sobrio, confíesate sinceramente, y la oración te amará⁵⁷.
37. Al Espíritu Santo se lo conoce en la oración realizada con humildad⁵⁸.
38. En Dios se encuentra Su vida y Su alegría⁵⁹.
39. ¿Cómo amar sin rezar?⁶⁰.
40. El alma del que ora conoce al Espíritu Santo⁶¹.
41. La humildad es la luz en la que nosotros podremos ver la luz⁶².
42. Con el Espíritu Santo todo va bien, todo rebosa de alegría, todo es maravilloso⁶³.
43. Otra es la humildad de quien ha conocido el Señor por el Espíritu Santo: su conocimiento y su gusto son diferentes⁶⁴.
44. El Espíritu Santo se manifiesta en el amor⁶⁵.
45. No podemos tener paz si no pedimos con todas nuestras fuerzas al Señor que nos dé la fuerza de amar a todos los hombres⁶⁶.
46. Solamente en el Espíritu Santo el alma encuentra el reposo perfecto⁶⁷.
47. Concédeme el humilde Espíritu Santo⁶⁸.
48. La medida de nuestra sobriedad debe ser tal que después de la comida deseemos rezar⁶⁹.
49. Todo hombre que se humille será glorificado por Dios y contemplará la Gloria del Señor⁷⁰.

⁵³ P. 218. En esta sentencia Silvano resume su comentario al texto de *Lc 9,52-56*.

⁵⁴ P. 221. Ver *Verba seniorum*, lib. III,126; PL 73,784C.

⁵⁵ P. 271. A esta exclamación añade Silvano: “¡Cuán dulce y bueno es! Él le testimonia al alma de su salvación” (p. 271).

⁵⁶ P. 274.

⁵⁷ P. 275. En esta sentencia Silvano hace una referencia a la búsqueda de la *oración pura* (ver p. 275).

⁵⁸ P. 275. “El Espíritu Santo se asemeja a una madre llena de cariño. Como una madre ama a su hijo y lo protege, así también el Espíritu Santo nos protege, nos perdona, nos cura, nos instruye, nos alegra” (p. 275). Estas palabras, que preceden al dicho que hemos traducido, son una clara demostración del amor que sentía Silvano por el Espíritu Santo.

⁵⁹ P. 277. Dicho que recuerda las palabras de san AGUSTÍN: “Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” (*Confesiones* I,1,1).

⁶⁰ P. 277.

⁶¹ P. 278. Dice Silvano: “Me faltan las fuerzas para describir cómo me ama el Señor. Por el Espíritu Santo conocemos ese amor” (p. 278), y luego sigue el dicho que hemos traducido.

⁶² P. 280. Esa luz es Dios (p. 280). Sentencia que se inspira en el *Salmo 35 (36)* “En ti está la fuente viva y *tu luz nos hace ver la luz*”.

⁶³ P. 285. “El Señor ama a los hombres, pero permite que las pruebas los golpeen. Así ellos pueden reconocer su impotencia y humillarse y, gracias a su humildad, recibir el Espíritu Santo” (p. 285). Es en este contexto que debe leerse la sentencia que hemos traducido.

⁶⁴ P. 289.

⁶⁵ P. 295. Y agrega Silvano: “Así habla la Escritura y la experiencia lo confirma” (p. 295). Al hablar de experiencia se refiere principalmente a su propia experiencia.

⁶⁶ P. 295. Explica Silvano: “El Señor sabe que si no amamos a nuestros enemigos no tendremos paz en el alma” (p. 295).

⁶⁷ P. 297. Dicho que se inspira en *Mt 11,28-30*. Una correcta comprensión de las expresiones de Silvano sobre el Espíritu Santo exige tomar en cuenta su confesión: “No traje al Monasterio más que mis pecados y, no sé por qué, cuando todavía era un joven novicio, el Señor me hizo el regalo de la gracia del Espíritu Santo, con tal profusión que mi alma y mi cuerpo quedaron repletos” (p. 297). Silvano habla, pues, a partir de una profunda experiencia del Espíritu Santo.

⁶⁸ P. 301. Esta exclamación está unida con las siguientes palabras: “Tú, nuestra Luz, Tú iluminas el alma porque ella te ama insaciablemente. Tú, me retiras tu gracia porque mi alma no permanece siempre en la humildad; pero Tú ves cómo sufro, y yo te pido”... (p. 301).

⁶⁹ P. 301. Dice Silvano: “Para conservar la gracia, el hombre debe ser mesurado en todo: movimientos, palabras, miradas, pensamientos y alimentos” (p. 301).

50. ¡Qué milagro! Por el Espíritu Santo el hombre conoce al Señor, su Creador⁷¹.
51. El Señor es plenitud de amor⁷².
52. La cosa más preciosa del mundo es conocer a Dios y alcanzar, al menos parcialmente, su voluntad⁷³.
53. El Señor ha dado el Espíritu Santo sobre la tierra, y aquel en quien el Espíritu Santo vive, siente que lleva el Paraíso en sí mismo⁷⁴.
54. Dios es amor insaciable⁷⁵.
55. Allí donde existe el perdón, reinan también la libertad y el amor⁷⁶.
56. El amor del Espíritu Santo regenera al hombre todo entero y le concede amar a Dios perfectamente⁷⁷.
57. El Reino de Dios es el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo es el mismo en el Cielo y en la tierra⁷⁸.
58. Nadie nos puede privar de la misericordia del Señor.⁷⁹
59. El Espíritu Santo llena al hombre todo entero: alma, inteligencia y cuerpo⁸⁰.
60. El Espíritu Santo es amor y dulzura del alma, de la inteligencia y del cuerpo⁸¹.
61. Mi alma llora por el mundo entero⁸².
62. El orgullo nos hace perder la gracia y, al mismo tiempo que ella, el amor por Dios y la audacia en la oración⁸³.
63. Cuanto más se piensa en Dios más grande se hace la llama de amor y celo por Él⁸⁴.
64. Solamente en el Espíritu Santo el hombre llega a ser semejante a Jesucristo⁸⁵.
65. El monje es un hombre que reza y que llora por el mundo entero; en eso consiste su principal ocupación⁸⁶.

⁷⁰ P. 304. “La gracia de Dios entra con facilidad en un alma humilde y le da la paz y el reposo en Dios” (p. 304).

⁷¹ P. 305. Dice Silvano: “El alma que ha conocido al Espíritu Santo comprenderá lo que escribo” (p. 305). Esta expresión también vale para el dicho siguiente.

⁷² P. 305.

⁷³ P. 309. El mismo Silvano explica este dicho: “El alma que ha conocido a Dios debe abandonarse en todo a la voluntad de Dios y vivir delante de Él en el temor y en el amor” (p. 309).

⁷⁴ P. 312.

⁷⁵ P. 314.

⁷⁶ P. 315.

⁷⁷ P. 317. Sería más exacto traducir por dulzura o suavidad en vez de amor. Silvano sostiene que cuando “el alma se encuentra en la plenitud del amor divino, el mundo ya no tiene más poder sobre ella” (p. 317).

⁷⁸ P. 320. Este audaz dicho se comprende con la siguiente explicación de Silvano:

“En el Cielo todo vive por el Espíritu Santo, y sobre la tierra el Señor nos ha dado el mismo Espíritu Santo. En las iglesias, los servicios divinos se cumplen por el Espíritu Santo; en los desiertos, sobre las montañas, en las cuevas y por todas partes, los ascetas de Cristo viven por el Espíritu Santo; y si nosotros lo conservamos, estaremos libres de todas las tinieblas, y la vida eterna estará en nuestras almas desde ahora” (p. 320).

⁷⁹ P. 322. “Porque ella viene de lo alto, ella está junto a Dios” (p. 322).

⁸⁰ P. 324. Este dicho muestra cómo Silvano, fuertemente influenciado por sus lecturas patristicas, adhiere a una concepción tripartita del hombre.

⁸¹ P. 331.

⁸² P. 339. “Bienaventurada el alma que ama a su hermano: siente en ella la presencia del Espíritu del Señor; El le da paz y alegría, y ella llora por el mundo entero” (p. 339).

⁸³ P. 345.

⁸⁴ P. 348. Este dicho es como un complemento de la imagen siguiente: “Cuanto más leña se echa al fuego, más calor da; con Dios ocurre lo mismo” (p. 348).

⁸⁵ P. 354. El hombre por sí mismo no puede asemejarse a Cristo, sólo por la gracia del Espíritu Santo puede alcanzar esa meta (explicación del mismo Silvano, ver p. 354).

66. El Espíritu Santo le ha enseñado al monje a amar a Dios y a amar al mundo⁸⁷.
67. He aquí nuestra alegría: Dios está con nosotros y en nosotros⁸⁸.
68. Los monjes no solamente deben recurrir a Dios, sino estar constantemente en Él⁸⁹.
69. Preséntate a tu padre espiritual con fe, y recibirás el Paraíso⁹⁰.
70. En un alma humilde vive el Espíritu Santo, y Él le concede la libertad, la paz, el amor y la felicidad⁹¹.
71. El Espíritu Santo es más dulce que todo lo que existe sobre la tierra. Es el alimento celestial; es la alegría del alma⁹².
72. La humildad de Cristo es el don supremo del Espíritu Santo⁹³.
73. En nuestra alma se produce una gran paz cuando invocamos el santo Nombre del Señor⁹⁴.
74. Reza con simplicidad, como un niño, y el Señor escuchará tu oración⁹⁵.
75. Privado de la gracia el hombre es como un animal⁹⁶.
76. El Espíritu Santo nos enseña a amar a nuestros enemigos⁹⁷.
77. El Espíritu Santo enseña al alma a rezar por los hombres⁹⁸.
78. El Espíritu Santo enseña a amar a Dios, y el amor guarda los mandamientos⁹⁹.
79. La gracia del Espíritu Santo entra con facilidad en el alma del obediente y le da alegría y reposo¹⁰⁰.
80. Mi alma se encuentra pobre y sin fuerza para describir el amor del Señor¹⁰¹.

⁸⁶ P. 370. “Algunos dicen que los monjes deben servir al mundo para no comer en vano el pan del pueblo; pero hay que comprender en qué consiste ese servicio” (p. 370).

⁸⁷ P. 371.

⁸⁸ P. 372. Sentencia inspirada en *2 Co* 6,16-18.

⁸⁹ P. 377.

⁹⁰ P. 377.

⁹¹ P. 384.

⁹² P. 393. Silvano decía: “Soy abominable y merezco toda clase de castigos. Pero en lugar de castigos el Señor me ha dado el Espíritu Santo” (p. 393).

⁹³ P. 395. “Día y noche le pido a Dios la humildad de Cristo. Mi espíritu tiene sed de conseguirla... En la humildad de Cristo hay amor, paz, dulzura, sobriedad, obediencia, magnanimidad y todas las virtudes se reúnen en ella” (p. 395).

⁹⁴ P. 401. Texto que Silvano relaciona con *Mt* 14,22-33 y paralelos.

⁹⁵ P. 440.

⁹⁶ P. 442.

⁹⁷ P. 442. “El Señor nos ama sin medida, a nosotros que somos pecadores. Él le da el Espíritu Santo al hombre y, por el Espíritu Santo, el alma conoce al Señor; en Él encuentra su felicidad, ella le da gracias y lo ama. En su gran alegría sufre por el mundo entero y desea con fuerza que todos los hombres conozcan a Dios, porque el mismo Señor así lo quiere para todos. Pero, en verdad, tal compasión sólo es posible por la gracia, aún débil” (p. 442).

⁹⁸ P. 444.

⁹⁹ P. 444. La segunda parte de este dicho está inspirada en *Jn* 14,15-23.

¹⁰⁰ P. 380.

¹⁰¹ P. 331.

Cartas y dichos inéditos de Silvano del Monte Athos¹⁰²

Introducción

En el nº 55 de *Cuadernos Monásticos* (1980) han sido publicados ya una serie de dichos de Silvano (+1938), junto con una introducción biográfica y doctrinal de este monje de origen ruso. Sin embargo, para una mejor comprensión de los textos que presentamos nos parece necesario puntualizar algunos datos sobre el mismo¹⁰³.

1. Datos biográficos

Silvano nació en 1866 en la provincia de Tambov de la Rusia central. Su vida se desarrolló como la de un simple campesino. Tuvo una juventud desordenada interrumpida por una intervención de la Madre de Dios, que trajo como consecuencia el deseo de alejarse del camino de la impureza, un profundo dolor por su vida pasada y un gran anhelo por consagrarse a Dios.

Terminado el servicio militar, a los 26 años, decide hacerse monje en el Monte Athos. Ingresó en el monasterio ruso ubicado al norte de la península del Athos: el monasterio de San Pantaleón. Allí, después de un período de fervor inicial comienza a sentir el peso de su vida pasada, que se hace presente bajo la forma de pensamientos desordenados y en una gran angustia por las faltas cometidas. Al borde de la desesperación por el silencio y la ausencia de Dios, se encuentra al límite de su capacidad de resistir.

Entonces llega el auxilio de Dios a través de una visión del rostro de Cristo “manso y humilde” que le hace comprender la misericordia de Dios. El recuerdo de ese encuentro lo acompaña toda su vida, permitiéndole afrontar las diversas tribulaciones que le sobrevinieron, así como arrojar luz sobre los acontecimientos mundiales que se vivían en esos años (1900-1938), sobre todo en su Rusia natal.

2. Doctrina espiritual

En la doctrina de Silvano confluyen tres vertientes espirituales: la experiencia de su propia conversión, las Sagradas Escrituras y la tradición monástica Rusa, representada por la *Filocalia*. Son estos tres elementos los que lo llevan a ver en el centro de la redención la figura de Cristo “manso y humilde de corazón” (Mt 11,29-30). La humildad es la clave de la vida y enseñanza de Silvano. Ella nace de una conciencia viva de la propia condición pecadora ante la misericordia de Dios, y trae aparejado un sentimiento de compunción que lo conduce en forma frecuente a la oración con lágrimas.

Este estado del alma Silvano lo identifica con la condición de Adán, que aparece frecuentemente en sus escritos. Se trata de un sentimiento agudo de la lejanía de Dios, pero marcado por un profundo deseo de poseerlo y recuperar la intimidad perdida. Y por eso la experiencia de la propia condición pecadora reviste un aspecto doloroso, cercana a la del infierno, pero también es causa de gozo y dulzura, fruto de la experiencia de la misericordia de Cristo “manso y humilde” de corazón. Esto lleva a Silvano a una estrecha solidaridad con todos los hombres. Esta solidaridad reviste dos aspectos: sentirse co-responsable, por sus pecados, de las calamidades que suceden en el mundo en esos años (1900-1938), principalmente en Rusia; y también considerarse elegido por Dios, en representación de esa humanidad, para expiar con su vida monástica esos pecados.

De esta humildad nace la obediencia que Silvano practica en su vida y predica a todos, monjes y laicos. Por la fe Silvano sabe que esa obediencia que se tributa a los hombres es una obediencia a Dios

¹⁰² Tomado de: *Cuadernos Monásticos* n. 111 (1994), pp. 477-487.

¹⁰³ Para esta introducción seguimos: Archimandrita SOFRONIO, *Staretz Silouane, moine du Mont-Athos*, Paris 1973. *Id.*, *Sa vie est la mienne*, Paris 1981; D. BARSOTTI, *Écrits de Silouane du Mont-Athos*, Bellefontaine 1971.

que actúa por medio de ellos. Y esa obediencia pasa a ser la antesala de la caridad para con todos, especialmente para con los enemigos, en quienes Silvano ve principalmente el rostro de Dios. Pero el otro fruto, no menos importante, de la humildad es la apertura y docilidad al padre espiritual (*staretz*), por quien el hombre recibe la filiación divina.

Y esto está unido a otro tema de profunda raíz bizantina: la vida en el Espíritu Santo. A cada paso Silvano narra las distintas manifestaciones de la presencia del Espíritu Santo en su corazón, bajo la forma de consuelo, gozo, paz. Pero por eso mismo también tiene una experiencia muy fuerte de los momentos en que ese Espíritu está ausente, cayendo en el abatimiento, la tristeza y la soledad.

Sin embargo, aquí surge la firme convicción de Silvano de que es por la tribulación que el hombre se configura con Cristo y en su humildad no sólo se encuentra la paz, sino también el gozo y la alegría, el don más precioso del Espíritu Santo.

3. Las cartas y los dichos de Silvano

Esta nueva serie de textos comprende un conjunto de cartas inéditas dirigidas a Nadezhda Adreevna Soboleva, y una serie de dichos, a modo de apotegmas, anotados al margen de un catálogo de botánica.

La destinataria de las cartas es una mujer madre de familia que frecuentaba la comunidad de la iglesia rusa de París, siendo una ayuda fiel del metropolitano Benjamín (Fedcenkov, 1880-1961). Cuando Benjamín fue trasladado a Riga, en 1947, ella lo siguió a la Lituania soviética, donde ingresó en el monasterio de Piouchtitsa, con el nombre de Madre Silvana, por la devoción que tenía a su padre espiritual (*staretz*) Silvano, del Monte Athos.

El valor de estos escritos está dado por ser los últimos que tenemos de Silvano, dos meses antes de morir, y que reflejan toda la madurez y la paz a las que había llegado. Los textos fueron conservados en privado, y finalmente publicados en la nueva revista rusa “Christianos”, de Riga, en 1991. Por nuestra parte hacemos la traducción de la versión francesa publicada por la “Lettre de Chevetogne” n° 2 de 1993.

Texto de las Cartas

Carta I

¡Muy amada en Cristo, Nadezhda!

He recibido su dinero y ruego por usted y por su hijo Boris. El Señor nos espera en el cielo. Oraremos y daremos gracias al Señor. Él es misericordioso. Nos ama mucho a nosotros que somos pecadores, y nos espera junto a Él y sus santos. Debemos ser humildes a causa del Señor y entonces amaremos a nuestros enemigos como el Señor nos ha ordenado. Soportamos las aflicciones a causa de Dios y allí, donde el alma verá al Señor y olvidará todas las aflicciones por amor a Él, allí no recordaremos más (lo que ha hecho) su hijo. A tal punto es bueno y dulce nuestro Señor. Es con lágrimas que escribo estas líneas, conociendo su amor a Dios.

Schimonach Silvano, pecador. Que el Señor venga en su ayuda con la Madre de Dios y los Santos.

Carta II

¡Alégrese querida Esperanza (Nadezhda) de Cristo!

El Señor misericordioso ama a sus servidores y les da aflicciones en la tierra para que en ellas el alma aprenda la humildad y se entregue a la voluntad de Dios, y para que encuentre en el dolor el reposo del que el Señor ha dicho: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis reposo para vuestras almas (Mt 11,29-30)*.

Fui al taller para enviarle un icono de la Madre de Dios, pero no tienen ninguno de ese tipo. Recé a la Madre de Dios y al santo mártir Minas y lo encontraremos. Señalarlo no es necesario, sino que debemos confiar en la voluntad de Dios. Esto es mejor. Dígame al dueño del icono: “la Madre de Dios le mostrará su gran misericordia”. Solamente que dé gracias a Dios por todo al Señor y a la Madre de Dios...

No deje caer a su marido sino ore para que pueda morir en el arrepentimiento. Dígame que el Señor ama a los pecadores que se arrepienten y que murió por nosotros en la Cruz, en medio de sufrimientos y que nos preparó un lugar en el cielo: *Allí donde yo estoy, allí también estará mi servidor, para que vea mi gloria (cf. Jn 12,26ss.)*. ¡Ah, si supiésemos cuánto nos ama el Señor, a nosotros que somos pecadores, y cómo nos da el Espíritu Santo! Por Él llegamos a conocer al Señor y su amor, pero perdemos la gracia del Espíritu Santo por el orgullo.

Pasiones y vicios torcidos nos atormentan, pero debemos combatirlos; debemos pedir día y noche la ayuda de Dios y de la Madre de Dios, y el Señor nos socorrerá. Y si el icono no se encuentra, entonces debemos confiarnos a la voluntad de Dios. El Señor misericordioso nos mira y conoce todas nuestras necesidades. Nosotros no vemos al Señor, pero Él nos ve y debemos aprender a vivir según la voluntad de Dios.

Le escribo a pesar de una gran aflicción, pues yo la amo, pero me encuentro muy abatido. Es por mi propia falta, pues no he aprendido todavía la humildad de Cristo y sin ella perdemos la gracia del Espíritu Santo, y entonces el alma anhela la gracia. Pero con la gracia de Cristo, el alma permanece en calma en medio del dolor, aunque sus sufrimientos son grandes. Sin embargo son pasajeros. Cuando después de la muerte alguien es juzgado digno de ver al Señor, no puede acordarse de su prójimo a causa del gran amor que siente por Él. Así es nuestro Señor. Yo escribo y mi espíritu se regocia en la misericordia de Dios, en su gloria. ¡Oh Señor, haznos dignos de verte en la gloria de tu belleza indescriptible! Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, porque el Señor nos ama de tal modo, a nosotros que somos pecadores. Murió por nosotros sobre la Cruz y ha dado el Espíritu Santo a los Apóstoles, pero nosotros lo perdemos. Sin embargo, el Señor concede el arrepentimiento y, como dice la Sagrada Escritura (*Lc 15,10*), se regocia por el pecador que se arrepiente.

Usted puede infundir temor en su marido diciéndole: “Si no te corriges, te dejo caer”, pero, de hecho, Dios no quiere que lo deje caer.

El Padre Metodio la saluda y agradece el dinero, que también yo he recibido. Que el Señor se lo devuelva.

¡Oh Santa Montaña del Athos, vemos sobre ti muchos milagros gracias a las oraciones de la Madre de Dios. Nos falta la inteligencia para contarlos!

Schimonach Silvano.

Carta III

Querida Nadezhda, ¡Cristo ha resucitado!

Que se le conceda a usted y a su hijo Boris el amar al Señor con toda el alma. Él ha dicho: *El que me ama observa mis mandamientos (Jn 15,10)*. "Y si observan mis mandamientos ayudan a la Iglesia".

San Serafín de Sarov vivió en un bosque y ayudó a la Iglesia con su oración y guardó los mandamientos del Señor. Del mismo modo, los santos del desierto ayudaron a la Iglesia con su oración. La obligación de ustedes es la de educar a su hijo y de presentárselo puro a Cristo; cuando sea puro, el Espíritu Santo hará morada en él y será un intercesor por el mundo entero; y si pierde la gracia, llorará como Adán, expulsado del paraíso. Es difícil describir la angustia de Adán, pero aquél que ha conocido al Señor y después perdió ese amor, la comprenderá. Él gritó: “¡Señor, mi alma está afligida por causa tuya, pues no te veo! ¿Cómo no estaré afligido? Tu mirada mansa y humilde atrapó mi alma, Señor. Mi corazón cayó lleno de amor por ti”.

Te aconsejo entonces permanecer en tu casa y rezar con la oración del corazón según tus fuerzas. Dios sabe cuánto te comprendo y deseo estar en la Tierra con el Señor y con su purísima Madre. También todos los santos oran por nosotros. Por el Espíritu Santo, aman al Señor y a nosotros, pecadores. De este modo, el Señor misericordioso ha dado el Espíritu Santo a los santos. Aman al Señor por el Espíritu Santo, y también el Señor los ama. Si tu hijo ama a los hombres de la Iglesia, los santos obispos, los sacerdotes y los monjes, entonces el amor de Dios se ha mostrado grande con él. Y si no los ama, entonces será laico. ¿Y en cuanto a los mandamientos de Dios? A ciertos monjes les es más fácil observarlos. Te suplico orar humildemente por mí, para que aprenda la humildad de Cristo, para que glorifique al Creador y dé gracias por su gran misericordia, porque ha tenido piedad de mí, pecador.

Schimonach Silvano, Santa Montaña del Monte Athos.

El P. Metodios ha dicho que, si envía el dinero, el icono ya está listo. Son cinco dólares con los gastos de envío.

Carta IV

Regocíjese querida Nadezhda, pues el Señor nos ama, a nosotros que somos pecadores. He recibido su dinero y lo di para que recen por usted y por los nombres que nos pidió recordar.

El rosario¹⁰⁴ fue bendecido por el madero de la Cruz vivificadora. Yo mismo lo he usado para rezar. Hubiese querido enviarle uno nuevo, pero usted ha preferido uno viejo. Dígale a Efimia, la sierva de Dios, que rece de todo corazón por su marido y que cargue con sus debilidades. Creo que se corregirá. Le he tomado mucho cariño. Escríbame sobre cómo sigue y cómo ha recibido mis consejos. Que el Señor la ilumine en todo. Rece por mí para que adquiera la humildad y el amor de Cristo, y entonces mi muerte será dulce.

Schimonach Silvano. ¡Santa Montaña del Athos, vemos sobre ti muchos milagros y la misericordia divina, por las oraciones de la Madre de Dios!

Carta V

¡Cristo ha resucitado! Querida Nadezhda, que el Señor y la Madre de Dios consuelen su alma y la de su hijo Boris. Que el Señor le conceda corregirse, pero es necesario encomendarlo a la voluntad de Dios y vivir según ella.

Desde hace cuarenta años sufro dolores de cabeza y los soporto. Sé que la enfermedad me ha sido dada para que no me exalte. Y lo he comprendido: es necesario aprender la humildad de Cristo, día y noche, y así encontraremos reposo (cf. Mt 11,29-30). Si la gente supiera lo que es la humildad de Cristo y lo dulce de su reposo entonces abandonaría todas las ciencias y aprendería la mansedumbre y la humildad. Aquel que es instruido por el Espíritu Santo desea aprender la humildad de Cristo día y

¹⁰⁴ Se sobreentiende que es el rosario de la “oración de Jesús”.

noche; es lo que yo deseo para todos. Acuérdesse también de mí en la oración, para que la aprenda, pues eso es lo que desea mi alma. Ese es el don que deseo. Aquel que ha conocido al Señor por el Espíritu Santo desfallece por Él día y noche: “¿Por qué me has abandonado, Señor? Mi alma te desea día y noche. ¿Cómo no desearte? Tu mirada calma y suave ha atraído mi alma. Ahora te amo con todo mi corazón”. Y habiendo perdido la gracia, la deseará como Adán al ser expulsado del paraíso. Adán gritó: “Señor, mi alma desfallece por Ti y te busco entre lágrimas”. Yo también pido a todos santas oraciones, para que aprenda la humildad de Cristo y no pierda la gracia del Espíritu Santo. Pues es por el Espíritu Santo que conocemos al Señor.

He recibido sus dos dólares. Que el Señor la recompense. El monasterio ora por usted, y yo también, pecador, rezo. No puede ir al monasterio mientras que no haya asegurado que su hijo ha encontrado su lugar. El Señor acepta las oraciones en todo lugar y en todo tiempo.

Querida Nadezhda, manténgase con sus pensamientos en Dios y espere en Él. Él nos ama mucho a nosotros que somos pecadores, y nos prohíbe vacilar incluso en el pensamiento, ir de un lugar a otro sin necesidad. Manténgase en calma en Dios, y olvide todo lo que es terreno por amor de Dios. Él mismo nos ha pedido amarlos de tal modo, con toda nuestra alma y con todo nuestro espíritu, que olvidemos lo terrestre. Permanezca en casa y dé gracias al Señor con toda su alma. Aquel que da gracias a Dios por sus tribulaciones las tendrá pocas, pues ha confiado su alma a la voluntad de Dios y el Espíritu de Dios regocija su alma por la esperanza en Él. Todos los que han puesto su esperanza en Dios encuentran reposo en Él en todas las cosas, pues la gracia los regocija en el interior del alma. Pero cuando alguien ha perdido la gracia, la buscará nuevamente por el arrepentimiento, y entonces el Señor se la concederá. Él nos ama mucho y dice en el Evangelio: *Voy a mi Padre y al Padre de ustedes, a mi Dios y a su Dios (Jn 20,17)*. Mira cómo nos ama. Sus palabras están llenas de piedad, amor y misericordia. Vamos a meditar noche y día cuánto nos ama el Señor a nosotros, que somos pecadores, y sin embargo nos llama hacia Él: *Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados, y yo les daré reposo (Mt 11,28)*. Y el reposo en Dios quiere decir: olvidar todo lo que es terreno, para que el espíritu no olvide el Amor. Aunque las manos trabajen, el alma no puede olvidar a Dios, pues se ha aficionado a Él y el Espíritu de Dios la regocija. El alma no teme las aflicciones terrenas, sino que teme perder el amor de Dios, pues es cuando se ve privada de Él cuando siente pesar y aflicción.

Demos gracias a Dios y a su Madre muy pura, que intercede por nosotros delante de Dios. Y vamos a pedir también a los santos, pues en el Espíritu Santo nos aman tanto como el Señor. El Señor les ha dado el Espíritu Santo para que recen por nosotros. Que quien esté corrompido, como yo, lea mucho el Evangelio, que se arrepienta y el Señor misericordioso lo perdonará y le dará la paz del alma.

Gloria a Dios por todo. Schimonach Silvano, Julio de 1938.

Notas inéditas de Silvano del Monte Athos. Notas al margen de un catálogo de plantas medicinales y de flores¹⁰⁵

1. Un alma mansa y humilde es preferible a estas flores, y su olor y perfume son mejores. El Señor hizo esas flores bellas, pero ama más todavía al hombre, y le ha dado el Espíritu Santo, y éste es más suave que el mundo entero y amable para el alma.

2. Dios ha hecho las flores para el hombre, para que el alma glorifique al Creador en su creatura y lo ame. No debemos olvidar a Dios ni un segundo del día o de la noche, porque Él nos ama. Amémoslo nosotros también con toda nuestra fuerza, y pidámosle misericordia y fortaleza para poder cumplir sus santos mandamientos.

3. Yo amo las flores, pero ¿amas al Señor y a los enemigos que te afligen? Si los amas entonces eres

¹⁰⁵ Tomado de: *Cuadernos Monásticos* n. 111 (1994), pp. 488-492.

un hombre de bien.

4. Los santos amaban el derramar lágrimas delante de Dios, pues estaban llenos de gozo en el Espíritu; pero se afligen por nosotros porque vivimos mal.

5. Está bien que el alma se habitúe a orar y derramar lágrimas por el mundo entero. Hay muchos monjes que lloran por el mundo entero, lo sé, lo creo. La Madre de Dios ama a los monjes obedientes que se confiesan en forma frecuente y no dan acogida a los pensamientos malvados. La Madre de Dios se entristece mucho cuando alguien lleva una vida desordenada e impura; el Espíritu Santo no vendrá a esa alma. Habrá en ella aflicción, disgusto e irascibilidad.

6. Conocemos a Dios por el Espíritu Santo y no por la simple inteligencia. El hombre no conoce a Dios al modo de un animal sin inteligencia. Los monjes saben cuánto aman al Señor y cómo el Señor los ama. *Amo a aquellos que me aman*, dice el Señor, *glorifico a aquellos que me glorifican*. Es bueno estar con Dios; el alma encuentra en Él su reposo. Es un signo de amor para con Dios el cumplir sus mandamientos. El orgulloso no puede amar a Dios. Quien ama comer mucho, no puede amar a Dios como se debe. Para amar a Dios es necesario renunciar a todo lo que es terreno, no estar atado a nada y pensar siempre en Dios, en su amor y la dulzura del Espíritu Santo.

7. La obediencia nos humilla; el ayuno y la oración pueden traernos pensamientos malvados, que nos hacen ayunar y orar de un modo orgulloso. Si un novicio se habitúa a pensar: “Es el Señor quien guía a mi *staretz*”, entonces será fácilmente salvado por la obediencia.

Para aquel que obedece, todo es virtud, como la oración del corazón que se le da por obediencia, la compunción y las lágrimas; ama al Señor y teme ofenderlo por una transgresión; como el Señor misericordioso le da pensamientos santos y humildes, ama el mundo entero y derrama por el mundo oraciones acompañadas con lágrimas: así es como la gracia enseña al alma por la obediencia.

8. Debemos pensar: “el Señor me ha conducido a este lugar y a este *staretz*: que el Señor nos conceda la salvación”. Muchos engaños nos vienen del enemigo, pero quien confiesa sus pensamientos será salvado, pues el Espíritu Santo es dado al padre espiritual para salvarnos.

9. El Señor se da a conocer a los corazones simples que obedecen. El rey David era el menor de los hermanos y un pastor, y el Señor lo amó con ternura. Los mansos son siempre obedientes. Él escribió para nosotros el Salterio por el Espíritu Santo que vivía en él. También el profeta Moisés era pastor en casa de su cuñado: ésa es la obediencia. La Madre de Dios y los santos apóstoles también eran obedientes. Pues ese es el camino que nos fue mostrado por el mismo Señor. Debemos guardarlo y recibiremos en la tierra los frutos del Espíritu Santo.

10. Los desobedientes son atormentados por pensamientos malvados para que el Señor nos enseñe a ser obedientes y que podamos ver su rica misericordia todavía en esta tierra. Nuestro intelecto estará siempre ocupado en Dios, nuestra alma será todo el tiempo humilde.

11. Cuando estaba en el mundo la gente me alababa y pensaba que yo era bueno. Pero cuando vine al monasterio encontré gente verdaderamente buena y yo no valgo ni lo que su dedo pequeño o sus sandalias. Fíjense cómo podemos engañarnos por el orgullo y perdernos. Los hombres verdaderamente buenos irradian gozo y alegría, y no son como yo.

12. Vivimos según nuestra propia voluntad y nos atormentamos a nosotros mismos. Quien vive según la voluntad de Dios es benigno, gozoso y paciente. ¡Oh Adán, dime cómo escapar a la aflicción en la tierra! No hay consolación sobre la tierra, no hay sino tristeza que carcome el alma.

13. Abandónate a la voluntad de Dios y la aflicción disminuirá y se aligerará, pues el alma estará con Dios y encontrará consuelo en Él, pues el Señor ama el alma que se abandona a la voluntad de Dios y de los Padres.

14. Un alma cerrada no se abre a su padre espiritual y cae en la ilusión. Quiere conseguir lo que es sublime, pero eso, dice Serafin, es un deseo satánico. Debemos echar las pasiones del alma y del cuerpo y huir de la ilusión. El Señor se revela a los simples sin malicia, no sólo a los santos, sino también a los pecadores. ¡Fíjense cómo nos ama el Señor!

15. Vivimos haciendo la guerra. Si has caído en la ilusión ve enseguida a ver a tu padre espiritual y cuéntale todo, para que él ponga su estola penitencial sobre ti¹⁰⁶. Cree que has sido restaurado y el demonio que habías recibido por tu falta, se irá. Si no te arrepientes, no te corregirás antes de la tumba. Ellos entran y salen de nuestro cuerpo. Cuando el hombre se irrita el demonio entra en él, cuando se tranquiliza el demonio sale de él.

16. Pero si te pones a orar a Dios y el demonio se dirige contra ti y no te permite prosternarte, entonces humíllate y di: no hay nadie peor que yo en la tierra, y entonces el demonio desaparecerá. Ellos tienen mucho miedo a la humildad y a la contrición, y temen una confesión pura. Si te parece que hay demonios en ti y escuchas su conversación, no pierdas coraje: ellos se alojan en el cuerpo pero no en el alma. Humíllate, ama el ayuno y no bebas ni vodka ni vino. Si no has obedecido a tu superior o a tu padre espiritual, entonces hay un demonio en ti, y lo mismo sucede con todo pecado.

17. Aquel que se confiesa sin tener el corazón puro y hace su propia voluntad, entonces, aunque se acerque a los santos Misterios, los demonios se alojan en su cuerpo y turban el intelecto. Si tú quieres que los demonios no habiten en ti, entonces humíllate y sé obediente y despojado, ama el realizar los servicios que te piden hacer y confiésate con un corazón puro. El padre espiritual lleva la estola de la penitencia en el Espíritu Santo y es semejante a nuestro Señor Jesucristo, resplandeciendo en el Espíritu Santo: de este modo cuando el padre espiritual habla, el Espíritu Santo expulsa el pecado por sus palabras. Y el padre espiritual y los sacerdotes tienen el Espíritu Santo. Un anciano veía a su padre espiritual en el icono de Cristo: ¡fíjense cómo el Señor nos ama!

18. El Señor ama el alma vigilante que pone toda su esperanza en el Señor. Debemos imitar a Adán en su arrepentimiento y en su paciencia. Debemos amar a los pastores y venerarlos. No podemos conocer en qué gracia del Espíritu Santo se encuentran los pastores a causa de nuestro orgullo y porque no nos amamos los unos a los otros.

19. Al alma que se convierte el Señor le da, a cambio de su arrepentimiento, el don del Espíritu Santo. El alma ama a Dios, y los hombres no pueden separarlo de ese amor. El Señor quiere que lo amemos, y que por amor suyo nos humillemos. El Señor quiere que le pidamos con simplicidad, como los niños piden a su madre. Si somos orgullosos debemos pedir a Dios la humildad, y el Señor hará que el humilde pueda ver los lazos del enemigo. El Señor nos ama mucho y nos concede el saber lo que pasa en el cielo y cómo viven allí nuestros hermanos mayores que han agradado a Dios por su humildad y su amor. El Señor ha mostrado el paraíso a los santos humildes.

20. El Reino de Dios está en nosotros. Debemos examinar si el pecado no vive en nosotros. Cuando el padre espiritual dice una palabra, el pecado es borrado del alma y el alma siente la libertad y la paz. Y si el alma es paciente, entonces el Señor le hace conocer el gozo y la alegría en Dios. Es entonces cuando el Reino estará en nosotros.

21. El alma debe humillarse profundamente a cada instante, hasta que llegue a humillarse incluso durante el sueño. Los santos aman el humillarse y llorar, y por eso el Señor los ama y les concede el conocerlo. El amor de Dios se reconoce en el Espíritu Santo que vive en nuestra Iglesia Ortodoxa.

22. Si fuésemos humildes, el Señor nos haría ver el paraíso cada día. Pero como no somos humildes debemos luchar y librar un combate contra nosotros mismos: si te vences a ti mismo el Señor te dará

¹⁰⁶ Silvano hace referencia a la práctica ortodoxa de la confesión, que concluye con la imposición que hace el sacerdote de su estola al penitente, significando su absolución.

su santa ayuda a cambio de tu humildad y de tu trabajo.

Escritos de Silvano del Monte Athos¹⁰⁷

Introducción

Los *staretz* rusos eran por lo general hombres iletrados, sus escritos, por lo tanto, no son elaboraciones o construcciones más o menos racionales, ni tampoco responden, estilísticamente, a un esquema demasiado estructurado ni pulido. Lo esencial es la experiencia espiritual del *staretz*; el testimonio de lo que le ha tocado vivir.

Si hubiese que comparar estos escritos tal vez lo más adecuado sería confrontarlos con los salmos. El salmista se dirige directamente al Señor mediante los salmos y ellos reflejan las distintas vivencias y momentos por los cuales pasa: la angustia, la desesperación, el dolor, la soledad, la alegría, la alabanza, la súplica esperanzada. Los salmos son poesía y como tal están formulados siguiendo criterios estéticos que hacen a su mejor recitación: métrica, ritmo, etc. Esta conjunción de elementos los hacen accesibles a la vez que profundos, fáciles de incorporar a la experiencia personal, y sobre todo perennes. Algo semejante pasa con los escritos de los *staretz* ya que son el resultado de una oración incesante y como tal reflejan los distintos estados por los que atraviesa el alma en su itinerario espiritual. Y Silvano no es una excepción.

Leer los escritos de Silvano del Monte Athos es como escucharlo rezar. Su ritmo es lento, detenido, dilatado, como lo es el tiempo de la oración profunda. Como es el diálogo entre dos amigos. Como es el susurro casi inaudible del Señor a quienes lo buscan. Tal vez por eso piden de nosotros una especial disposición, una sintonía espiritual. Pero si no la tenemos la iremos adquiriendo a lo largo de la lectura, si ésta es pausada y mesurada.

Los escritos de Silvano son una invitación a la oración, al diálogo sereno y elevado, suave y dulce como el alma de quien los escribe, y remiten siempre a los mismos temas, que son en definitiva los temas del alma que busca a Dios.

Por momentos nos recuerdan al *Cantar de los Cantares*, cuando la amada busca incesantemente al Amado, y entre sollozos le pide que vuelva, que no le esconda por más tiempo su rostro, que ya no la prive de su presencia. Silvano dice que su alma busca al Señor sin cesar, día y noche, y languidece por Él. Su solo recuerdo da calor a su alma. Pero el recuerdo no basta, necesita contemplarlo.

Si el amor por el Señor es un tema excluyente en sus escritos lo es por la presencia misma del Espíritu Santo. A él le debe todo y no cesa de repetirlo. Gracias al Espíritu Santo ha conocido al Señor y de él recibe constante enseñanza. Cuán dulce es este conocimiento sólo es posible saberlo por la experiencia. Y a ella nos invita.

Gracias al Espíritu Santo, Silvano percibe la maravilla de la creación, la Tierra, y el hombre sacado del polvo, y lo más grandioso de todo: que el Señor se de a conocer a ese polvo y ceniza que es el hombre.

Pero este hombre ha sido herido por el pecado y no siempre busca al Señor; por lo general se olvida de él. Por eso Silvano suplica incesantemente para que la humanidad pueda volver al Señor, suplica por un arrepentimiento semejante al de Adán, y pide también por las maldades y el olvido de las naciones. Se da cuenta de que el hombre privado del Espíritu Santo no puede conocer ni alcanzar el amor. Y por eso sufre.

Sólo la oración libera del pecado. La verdadera libertad es la habitación en Dios. Estar continuamente en el Señor y la oración son entonces la misma cosa. La oración es el diálogo continuo con el Señor, diálogo nutrido por la enseñanza del Espíritu. Este diálogo es el trabajo del monje. Si la oración cesara, el mundo perecería.

¹⁰⁷ Tomado de: *Cuadernos Monásticos* n. 120 (1997), pp. 79 ss.; y n. 121 (1997), pp. 200 ss.

Espíritu Santo, libertad, oración, son eslabones de una cadena, cadena que extrañamente libera y conduce, transporta y comunica con la única realidad que importa: el Señor.

La escucha atenta del Espíritu lleva al alma a ser humilde, mansa y obediente. Pero cada alma tiene una misión y debe esforzarse por saber en qué es útil. Para algunas lo será el escribir, para otras el leer y para otras, en fin, orar cada vez más. Pero nada como la oración sin distracción y con abundantes lágrimas.

Obediencia, humildad y caridad van unidas en la tarea diaria del monje, no puede darse una sin la otra. Una se complementa con la otra y cada una produce a la otra. Por la obediencia el monje es humilde y allí encuentra la paz perfecta.

En el abandono de la voluntad resplandece el amor.

“... Cuanto más vasto es el amor, más pleno es el conocimiento;
cuanto más ardiente es el amor, más ferviente es la oración;
cuanto más perfecto es el amor, más santa es la vida.”

La presente versión castellana

La traducción de los textos que presentamos está hecha sobre la base de la edición francesa del monasterio de Bellefontaine a cargo de Louis Albert Lassus, op¹⁰⁸. Se trata de una selección de textos que permite conocer lo más profundo y personal del pensamiento espiritual de Silvano. Una traducción de las obras completas existe en francés, hecha por el Archimandrita Sofronio¹⁰⁹, aunque no contiene los textos hallados posteriormente a la fecha de publicación.

Texto

Mi alma languidece por Ti, mi Dios, y Te busca con lágrimas...

El primer año de mi vida en el monasterio, mi alma conoció al Señor en el Espíritu Santo.

El Señor nos ama infinitamente. Él me lo reveló en el Espíritu Santo que me dio, por su sola misericordia. Soy viejo y me preparo a la muerte, y he escrito la verdad; he escrito para el bien de los hombres. El Espíritu de Cristo desea la salvación de todos, desea que todos conozcan a Dios. Él, que ha dado el paraíso al ladrón, lo dará también a todo pecador penitente.

Yo soy malo frente al Señor, más feo que un perro sarnoso, a causa de mis pecados. Pero he rogado a Dios que me los perdone y he aquí que no solamente me ha dado su perdón, sino además el Espíritu Santo, y en el Espíritu Santo he reconocido al mismo Dios.

El Señor es misericordioso; mi alma lo sabe, pero no es posible describirlo con palabras... Él es infinitamente dulce y humilde y si el alma lo ve, se transforma en Él, deviene todo amor para el prójimo; deviene dulce y humilde. Pero si el hombre pierde la gracia, llorará como Adán cuando fue expulsado del Paraíso. El desierto se llenó de sus gemidos, y sus lágrimas amargas por la pena...

Danos, Señor, el arrepentimiento de Adán y la santa Humildad.

¹⁰⁸Louis Albert LASSUS, op, *Silouane*, Bellefontaine 1971 (Spiritualité Orientale N° 5). Para la versión completa remitimos a: Archimandrite SOPHRONY, *Starets Silouane. Moine du Mont-Athos*, Paris, Présence, 1973.

¹⁰⁹Archimandrite Sophrony, *Starets Silouane. Moine du Mont-Athos*, Paris, Présence, 1973.

Ven, Señor, consume mis pecados que me ocultan tu Rostro como las nubes ocultan el sol.

Mi alma no desea nada terrestre sino solamente el Cielo.

El Señor ha venido a la tierra para conducirnos hasta donde Él mismo y su purísima Madre viven y donde se encuentran también sus discípulos y sus compañeros. Allí nos llama también a nosotros, a pesar de nuestros pecados. Allí veremos a los santos Apóstoles llegados a la gloria por el anuncio de la buena Nueva; veremos a los profetas, los santos obispos, los doctores de la Iglesia, los venerables ascetas que humillaron sus almas con el ayuno; allí son glorificados los locos por Cristo, porque ellos han vencido al mundo y a sí mismos.

Ellos rogaron y cargaron con las penas del mundo entero, porque en ellos estaba el Amor de Cristo y el amor sufre cuando una sola alma se pierde... El alma desea llegar a esta patria, pero nada impuro puede acercarse a ese lugar, pues él se alcanza solamente llevando con paciencia los sufrimientos y las pruebas, después de muchas lágrimas. Sólo los niños que han guardado la gracia de su bautismo llegan sin aflicción.

¿Qué cosa más grande podría buscar el alma en la tierra? ¿Qué podría haber allí de grande y admirable? ¡Súbitamente el alma conoce a su Creador y su Amor! Contempla al Señor, ve cuán dulce y humilde es y no desea más que adquirir la humildad de Cristo. En tanto peregrina aquí abajo, ella no puede olvidar esa humildad inconcebible.

¡Oh Misericordioso, da tu gracia a todos los pueblos de la tierra para que te conozcan, porque sin tu Espíritu Santo el hombre no puede conocerte, ni comprender tu Amor! Derrama en nosotros, Señor, tu Espíritu Santo, porque Tú y todo lo que es tuyo no puede ser conocido si no es por este Espíritu que Tú has dado a Adán y después a los santos profetas y a todos los cristianos.

Señor, concede a todos los pueblos la virtud de tu gracia para que te conozcan en el Espíritu Santo y te alaben en la alegría, pues incluso a mí, impuro y miserable, Tu has otorgado el gozo de desearte. También mi alma arde de un amor inextinguible hacia Ti, día y noche.

Quien no ama a sus enemigos no gustará la dulzura del Espíritu Santo. Es el Señor mismo quien nos enseña a amar a nuestros enemigos, a sentir y a compartir con ellos como si fuesen nuestros propios hijos.

El Espíritu Santo es Amor y este amor llena las almas de los santos ciudadanos del Cielo. En Él, desde el cielo contemplan la tierra, escuchan nuestras oraciones y las llevan hasta Dios.

El Señor permite que numerosas cosas permanezcan ocultas para nosotros en este mundo, y esto quiere decir que ellas no nos son necesarias. Pero el Creador del cielo y de la tierra nos concede reconocerlo en el Espíritu Santo y, en Él, a los ángeles y a los bienaventurados. Así nuestro corazón arde de amor por Él.

Ellos se compadecen de los hombres que no conocen a Dios. Estos no ven la Luz eterna y después de la muerte se hundirán en las tinieblas eternas. Pero el cristiano, por la fe, conoce la Luz, porque el Espíritu Santo ha revelado a los santos las cosas del cielo y del infierno.

Para poder orar puramente, tu debes ser humilde y tierno y confesar tus pecados con un corazón sincero. Debes estar contento de todo, obedece a tus superiores, así tu espíritu será liberado de los vanos pensamientos y la oración te será amada.

Piensa que el Señor te ve constantemente; no ofendas; no critiques a tu prójimo; no lo aflijas con la expresión de tu rostro; entonces el Santo Espíritu te amará y te socorrerá en todo.

Hay hombres que desean las penas y los tormentos del fuego eterno para sus enemigos y los enemigos de la Iglesia. Al pensar así, no conocen el Amor de Dios. Quien tiene el Amor y la Humildad de Cristo llora y ruega por todo el mundo.

¡Señor, de la misma forma que Tú has rogado por tus enemigos, enséñanos por tu Santo Espíritu a amarlos y rogar por ellos con lágrimas! ¡Sin embargo, esto es difícil para nosotros, pecadores, si tu gracia no está con nosotros!

¡Oh Humildad de Cristo! ¡Tú das un gozo indescriptible al alma! Tengo sed de ti, porque en ti el alma olvida a la tierra y tiende siempre más ardientemente hacia Dios.

Si el mundo comprendiera el poder de las palabras de Cristo: “Aprendan de mí la ternura y la humildad”, dejaría de lado toda ciencia para adquirir este conocimiento celestial.

Los hombres no conocen la fuerza de la humildad de Cristo y por eso desean las cosas terrestres; pero el hombre no puede llegar al poder de las palabras del Señor sin el Espíritu Santo. Quien ha penetrado en ellas no las abandona más, aunque le fuesen ofrecidos todos los tesoros del mundo.

Dios ha dado al hombre la libertad, y lo atrae por la humildad hacia su Amor...

El Señor nos ha dado el Espíritu Santo, y hemos conocido al Señor y olvidado la tierra en los gozos del Amor de Cristo. Aquel que ha gustado de este Amor de Dios inefablemente dulce, ya no puede soñar con las cosas de la tierra; se siente atraído sin cesar por este Amor. Pero nosotros lo perdemos por nuestro orgullo y vanidad, por nuestras enemistades y juicios hacia nuestros hermanos; lo abandonamos por nuestros pensamientos de codicia y nuestra propensión hacia la tierra. Entonces la Gracia nos abandona, y el alma turbada y deprimida desea a Dios y lo llama, como Adán expulsado del Paraíso. ¡Mi alma languidece y te busco con lágrimas; mira mi aflicción, ilumina mis tinieblas para que mi alma esté en el Gozo! ¡Señor dame tu humildad, para que tu amor esté en mí y para que tu temor viva en mí!

El Espíritu Santo nos hace parientes de Dios. Si sientes en ti la paz divina y el amor universal, tu alma es ya semejante a Dios.

El Señor nos manda amarlo con todo nuestro corazón y todas nuestras fuerzas. Pero, ¿cómo podemos amar a Aquel a quien jamás hemos visto? ¿Y cómo se aprende tal amor? Nosotros conocemos al Señor por su acción en el alma; ella sabe quien es el huésped que entra en ella; y cuando el Señor está nuevamente en la sombra, he aquí que lo desea y lo busca llorando: ¿Dónde estás, mi Luz y mi Alegría? El perfume de tu paso ha quedado en mi alma, y yo tengo sed de Ti. Mi corazón está desalentado y nada me da alegría. Yo te he entristecido y Tú te has ocultado de mí.

Mi corazón te ama, te desea, te busca llorando. Tu has adornado el cielo con estrellas, el aire con nubes, la tierra con lagos, ríos y jardines; pero mi alma te ama sólo a Ti, y no al mundo, por bello que sea. Eres Tú a quien yo deseo Señor. No puedo olvidar tu mirada tranquila y tierna.; te suplico con lágrimas: Ven, entra en mí, purifícame de mis pecados. Tus miras aquí abajo, desde lo alto de tu gloria, sabes bien el fervor del deseo de mi alma. No me abandones, escucha a tu servidor que grita como el profeta David: “Perdóname, Dios mío, por tu gran misericordia”.

“Allí donde yo estoy, dice el Señor, allí también estará mi servidor” (*Jn 12,26*). Pero los hombres no comprenden la Escritura, como si fuese incomprensible. Quien es instruido por el Espíritu Santo comprende todo, su alma se siente como en el cielo, porque el Espíritu Santo está en el cielo y en la tierra, en la santa Escritura y en las almas de todos aquellos que aman a Dios.

Quien ha reconocido el amor de Dios, ama a todo el mundo. No murmura sobre su destino, porque los sufrimientos, llevados en Dios, nos conducen al Gozo eterno.

Los santos profetas y los amigos de Dios estaban llenos del Espíritu Santo; por eso sus palabras eran poderosas y el pueblo aceptaba la Palabra del Señor.

Hijo, yo he amado el mundo y su belleza; los bosques y los prados verdes; amé los jardines y las selvas, las claras nubes que pasan por encima de nuestras cabezas. Amé toda esta bella creación de Dios... Pero desde que he conocido al Señor, todo ha cambiado en mi alma, que se ha hecho su prisionera. No deseo más este mundo. Mi alma busca incansablemente el mundo donde habita mi Señor. Como un pájaro prisionero desea huir de la jaula, así mi alma desea a Dios. ¿Dónde estás, oh mi Luz? Te busco con lágrimas. Si no te hubieses revelado a mi alma, yo no podría buscarte así. Hoy me has visitado, a mí, pecador, y me has hecho conocer tu amor. Tú me has revelado que por amor a nosotros, te has dejado clavar en la cruz y que, por nosotros, has sufrido y has muerto. Me has hecho ver que tu amor te ha llevado del Cielo a la tierra y hasta el fondo de los infiernos para que nosotros podamos ver tu gloria. Has tenido piedad de mí y me has mostrado tu Rostro, y ahora mi alma tiene sed de Ti, mi Dios. Como un niño que ha perdido a su madre, ella llora por Ti día y noche y no encuentra la paz...

Al comienzo, tenemos necesidad de un director espiritual, porque el alma antes de recibir la gracia del Espíritu Santo está en lucha más intensa con el Adversario y es incapaz, por sí misma, de resistir a sus seducciones.

Por lo tanto, no comiences tu vida de oración sin un Padre espiritual; no pienses, con orgullo, que puedes arreglarte solo, ni siquiera con libros. Aquel que piense así sucumbirá en la tentación. Al contrario, el humilde tendrá la ayuda de Dios. Si no puedes encontrar un *staretz* experimentado, debes pedir consejo a tu confesor, cualquiera que sea; entonces el Señor mismo te protegerá, gracias a tu humildad.

Humillémonos, y el Señor nos hará gustar la fuerza de la oración de Jesús y el Espíritu Santo instruirá nuestras almas. Revistámonos de la humildad de Cristo y el Señor nos hará gustar la beatitud de la oración.

El Señor nos ama, pero nos envía sufrimientos para que reconozcamos nuestra impotencia y lleguemos a ser humildes. Ciertamente, si alguien sufre por pobreza o enfermedad, pero no soporta su mal con humildad, sufre inútilmente. El humilde, al contrario, está siempre contento, porque Dios es su riqueza y su gozo.

¿Puede el Espíritu de Cristo desear el mal a alguien? ¿Somos llamados por Dios para esto? El Espíritu Santo es como una madre que ama a su hijo y comulga con sus sentimientos. Se hace conocer en la oración humilde, sufre con nosotros y perdona, cura e instruye. Quien por el contrario, no ama a sus enemigos y no reza por ellos, se atormenta a sí mismo y atormenta a los otros, y no conocerá jamás a Dios.

Quien ama verdaderamente a Dios ora sin interrupción; ha experimentado la gracia en la oración. Por supuesto tenemos las iglesias para rezar y los libros litúrgicos, pero que tu oración interior esté constantemente contigo.

En las iglesias se celebra el culto, y allí habita el Espíritu Santo. Pero que tu alma también sea la iglesia de Dios; para el que ora sin cesar, el mundo entero es una iglesia... Pero no es así con todos. Muchos hombres oran con los labios y prefieren orar con la ayuda de libros; por supuesto que el Señor acepta su oración. Él ha tenido piedad de todos aquellos que oran. Pero aquel que, orando, piensa en otra cosa no será escuchado por el Señor.

Quien pierde la humildad perderá igualmente la gracia y el amor de Dios; la oración se apaga en él. Pero quien ha sobrellevado las pasiones y abraza la humildad obtiene de Dios su gracia; ora por sus enemigos como por sí mismo, ora por el mundo entero con lágrimas de fuego.

Cuando recibí la gracia del Espíritu Santo, supe que Dios había perdonado mis pecados. Su gracia me dio un testimonio de ello, y pensé no tener necesidad de nada más. Pero no se debe pensar así; aunque nuestros pecados hayan sido ya perdonados, nos será necesario recordarlos toda la vida, en la compunción y el arrepentimiento. Por no obrar así, yo he perdido la compunción y el arrepentimiento y he tenido que sufrir mucho a causa de los demonios. No podía comprender lo que pasaba en mí; mi alma conoció al Señor y a su amor, ¿por qué, entonces este asalto de malos pensamientos? Pero el Señor tuvo piedad de mí y me mostró el camino de la humildad: “Sé consciente del infierno y no desesperes”. Así fue vencido el enemigo.

Un alma humilde y experimentada agradecerá constantemente al Señor su gracia y si Dios la transporta todos los días al Cielo y le hace ver su gloria, dirá: “Señor, me muestras tu gloria, pero dame también las lágrimas y la fuerza para agradecerte; a Ti la alabanza en el Cielo y sobre la tierra; a mí, al contrario, las lágrimas por mis pecados”. El Señor me ha hecho comprender, en su amor y misericordia, que debemos llorar nuestros pecados durante toda nuestra vida. Nada es más grande que alcanzar la humildad de Cristo. El humilde vive ciego y contento, todo es bueno en su corazón. Sólo los humildes ven al Señor en su Espíritu. La humildad es la luz en la cual vemos a Dios que es la Luz. “En tu luz veremos la Luz”, dice el salmo.

El Señor me enseñó a guardar mi espíritu del infierno y a no desesperar nunca. Sí, es así que el alma se reviste de humildad, pero ésta todavía no es la verdadera humildad. La verdadera humildad es indescriptible... ¡Rueguen por mí, oh todos los Santos, para que mi alma se revista de la Humildad de Cristo, pues tanto la deseo! Pero no puedo alcanzarla, y por eso la busco llorando como un niño pequeño que ha perdido a su madre.

¡Oh Humildad de Cristo! Te he conocido, pero no puedo alcanzarte. Tus frutos son sabrosos y dulces, porque no son de este mundo. El Señor ha venido a la tierra para darnos el fuego de su gracia en el Espíritu Santo. El humilde posee este fuego, y el Señor le concede esta gracia. En un alma desalentada y envilecida, este fuego no puede encenderse.

Los cielos se maravillan del Misterio de la Encarnación: ¡Cómo Él, el *Pantocrator*, ha descendido a la tierra para rescatar a los pecadores!

No es difícil mortificar el cuerpo con el ayuno, pero, al contrario, es bien difícil conservar el alma en una continua humildad. María la Egipcia había mortificado su cuerpo en el desierto durante un tiempo, pero fue liberada de las pasiones sólo después de diecisiete años de áspera lucha. Entonces ella gustó del reposo y la paz.

El orgullo y la vanidad impiden frecuentemente al alma encontrar el camino de la Fe. He aquí un consejo para aquel que duda y no cree: que diga así: “Señor Dios, si existes, ¡ilumíname!” Ya por este humilde deseo y la prontitud en servirlo, el Señor lo iluminará, y él sentirá en su alma la presencia de Dios; su alma sabrá que Dios lo ha perdonado y que lo ama.

El orgulloso tiene miedo de los demonios o bien ha llegado, él mismo, a ser diabólico; pero nosotros debemos temer la vanidad y el orgullo y no a los demonios. Sin esto, perdemos la gracia. No debemos tener relación con los espíritus malignos, para que nuestra alma no se manche. Quien permanece fiel a la oración será iluminado por el Señor.

Los santos luchaban fuertemente con los demonios, ayunaban y oraban y vencían al Enemigo por su humildad. Quien es humilde ya ha vencido al Adversario.

¿Qué hacer para poseer la paz del cuerpo y del alma? Debemos amar a todos los hombres como a nosotros mismos y estar preparados para morir en cualquier momento. En efecto, aquel que tiene presente su muerte en todo momento, llega a ser humilde, se abandona a la voluntad de Dios y desea estar en paz con todos, amar a todos los hombres.

El alma del humilde es como un mar: si alguien tira una piedra al mar, la superficie del agua es turbada un instante, después la piedra se hunde en el abismo. Así toda pena es consumida en el corazón del humilde, porque allí está la Fuerza de Dios. ¿Dónde estás, alma humilde? ¿Quién habita en ti? ¿A quién podemos compararte? Resplandeces, clara como el sol, pero al arder, no te consumes; al contrario, reanimas todo con tu ardor. A ti te pertenece la tierra de los mansos, según la palabra del Señor. Eres semejante a un jardín de flores con una bella casa en su centro, donde habita Dios. El Cielo y la tierra te aman, y te aman también los santos apóstoles, los profetas, los santos y los bienaventurados; te aman los Ángeles, los Querubines y los Serafines; te ama la purísima Madre del Señor; te ama y se regocija en ti el mismo Señor. Pero el Señor no puede revelarse al orgulloso; ése no conocerá jamás su Rostro, aunque poseyese la ciencia del universo. El corazón del orgulloso no deja lugar para la bendición del Espíritu Santo.

¡Santifica, Señor, a todos los pueblos de la tierra por tu Santo Espíritu! Y tu voluntad será cumplida, en la tierra y en el cielo, porque te ha sido dado todo el poder.

Mi corazón sufre por los hombres que no conocen a Dios. Aquel que abandona a su Creador, ¿cómo enfrentará al Juicio universal? ¿Adónde podrá huir para ocultarse de la Faz del Altísimo? Yo ruego a Dios constantemente por todos para que sean salvados y se regocijen eternamente con los ángeles y los santos. Bienaventurada el alma humilde, porque Dios la ama. Los cielos y la tierra alaban a los santos por su humildad; el Señor les concede estar con Él en la gloria. “Allí donde yo estoy, allí estará mi servidor”.

El Espíritu Santo nos enseña a amar a todos los hombres, a tener compasión de los pecadores y a rogar por su salvación.

Señor, guíanos y reúnenos como una madre muy tierna con sus pequeños. Enseña a todo hombre tu Venida, revela el poder de tu ayuda y restaura el alma de tus fieles.

Nosotros no podemos contener la plenitud de tu Amor; las cosas terrestres oscurecen nuestro espíritu: ¡Ilumínanos!

La oración nos conserva la paz y, conservándola obtenemos la salvación. Tal es la enseñanza de Serafín de Sarov. Mientras vivió, el Señor, -a causa de este gran orante-, protegió a Rusia. Después de él nos ha sido dado el Padre Juan de Cronstadt. Su oración, como una columna, se elevó hasta el cielo. Nosotros no sólo hemos escuchado hablar de él; sino que él ha vivido ahora y lo hemos visto orar con nuestros ojos. Recuerdo cómo lo rodeaba el pueblo y pedía su bendición cuando, después de la liturgia, dejaba la iglesia. Aún en medio de tal gentío, su alma permanecía fija en Dios y no perdía la paz. Él amaba a los hombres y no cesaba de rogar por ellos: “Señor, envía tu paz a todos los pueblos, da a tus servidores tu Santo Espíritu, para que los encienda con su Amor y les enseñe toda la verdad. Señor, haz que tu gracia repose sobre tu pueblo; da tu gracia a todos los hombres para que te conozcan en la caridad y digan como los apóstoles sobre el monte Tabor: “¡Que bien se está aquí, Señor, contigo!”.

Así oraba sin cesar por los hombres, y así conservaba la paz de su alma. Nosotros, al contrario, la perdemos porque no amamos a los hombres.

San Païsi rogaba por su discípulo, que había abandonado a Cristo. Fue entonces que el Señor se le apareció y le dijo, queriendo consolarlo: “Païsi, ¿ruegas por aquel que ha renegado de mí?”. Pero el santo no por eso dejó de orar y llorar por el errante. “¡Oh Païsi, -le dijo entonces el Señor-, me has igualado en el Amor!”.

El alma llena de la paz del Espíritu Santo irradia esa paz y la derrama sobre los otros; pero quien tiene en sí el espíritu de malicia segrega el mal.

Muchos ignoran cuán grande es la misericordia de Dios; no se arrepienten de sus pecados y no quieren hacer penitencia. Y mi alma está triste y llora por ellos, porque veo su condenación.

Todos aquellos que han vivido con humildad, obediencia y castidad han alcanzado el Reino del Cielo. Ellos ven a nuestro Señor Jesucristo, escuchan los cantos de los querubines y han olvidado la tierra.

Nosotros, en cambio, estamos atados a cosas de la tierra y llevados como polvo al viento.

En su amor por Dios, los santos soportaron toda pena, recibieron el poder de hacer milagros, curaron enfermos y resucitaron muertos, llamaron a la lluvia del cielo; yo, al contrario, quisiera adquirir sólo la Humildad y el Amor de Cristo, no ofender a ninguna persona y rogar por todos como por mí mismo.

Si la gracia del Espíritu Santo habita en el corazón de un hombre, aunque sea ínfimamente, este hombre llora por todos los hombres; y tiene todavía más piedad de aquellos que no conocen a Dios o que se le resisten. Ruega por ellos día y noche a fin de que se conviertan y reconozcan a Dios. Cristo rogó por los que lo crucificaron: “Padre, perdónalos, no saben lo que hacen”. Santiago, también, rogó por sus perseguidores para que Dios no les impute ese pecado... Es necesario rogar por nuestros enemigos si queremos conservar la gracia, porque quien no tiene compasión del pecador no tiene en sí la gracia del Espíritu Santo.

Yo traje al monasterio solamente mis pecados, y no sé por qué el Señor me concedió el don de una tal gracia en el Santo Espíritu, a mí tan joven y pecador, que mi cuerpo y mi alma se colmaron de ella, y mi cuerpo experimentó el deseo de sufrir por Cristo.

Nuestro cuerpo tiene necesidad de respirar y de ser alimentado para vivir; Dios y la gracia del Espíritu Santo son el alimento del alma. Como el sol da luz y vida a las flores del campo, así el Espíritu Santo ilumina al alma; y así como las flores se vuelven hacia el sol, así el alma se vuelve hacia Dios. Ella es bienaventurada en Él, y en su gozo anuncia una felicidad semejante a todos los hombres. El Señor nos ha creado para estar con Él en el cielo, en el Amor.

El Señor es la Luz e ilumina a sus servidores; pero aquel que es esclavo del enemigo vive en las tinieblas.

¡Que el Señor sea bendito y también su misericordia! Él nos ha dado su Espíritu Santo para que nos enseñe el bien y nos da la fuerza para vencer nuestros pecados. En su intenso amor, nos da su gracia - que debemos conservar y cuidar fielmente-. Porque el hombre sin la gracia es espiritualmente ciego.

Es ciego el hombre que almacena los tesoros de este mundo. Quien conoce las Bienaventuranzas del Espíritu Santo sabe bien que no son comparables a las cosas de la tierra, y entonces, los goces de aquí abajo, ya no lo atraen más. Es Dios quien lo atrae; en Él encuentra calma y paz. En un profundo sufrimiento, llora por los hombres que no conocen a Dios.

En la plenitud del Amor de Dios, el alma tiembla y ruega por el mundo entero; ruega por todos los hombres para que conozcan a su Creador y Padre del cielo y se regocijen en su gracia y en su amor.

Guarda la gracia de Dios, porque todo lo que cumplimos en Dios está bien hecho, es amor y gozo. En Dios el alma está en calma, camina como a través de un bello jardín donde habitan el Señor y la Madre de Dios. Por la gracia el hombre llega a ser espiritualmente igual a los ángeles, pero sin ella: no es más que una tierra pecadora. Y así como los ángeles aman y sirven a Dios, así lo hace también el hombre constituido en la gracia.

Nuestro combate es duro y furioso, pero sólo para los orgullosos y soberbios; al contrario, es fácil para los humildes que aman al Señor. Él les da un arma poderosa: la gracia del Santo Espíritu. Nuestros enemigos temen esta arma porque ella los quema. Tal es el camino más corto y más fácil para

salvarnos: la obediencia y la castidad; no juzgar, preservar el corazón y el espíritu de los malos pensamientos, estimar que todos los hombres son buenos y que el Señor los ama.

La necesidad enseña a orar. Un día, un soldado vino a mi encuentro; él era de Salónica. Yo había decidido hacerle el bien, y hablamos juntos de la oración. Le dije: “Ora para que no haya tantos sufrimientos, tantas miserias en el mundo”. “Me puse a orar durante la guerra -respondió él-, cuando las balas silbaban y explotaban las bombas; gritaba hacia Dios y le pedía su protección, y efectivamente el Señor me ha protegido”. Yo reconocí en sus palabras y en su comportamiento que él oraba con su corazón y cómo estaba sumergido en Dios en la oración.

Si quieres orar en tu corazón y no eres capaz, conténtate con decir la oración con los labios y ten el espíritu atento a lo que dices. El Señor, poco a poco, te dará la gracia de la oración interior y entonces podrás orar sin distracción. No busques realizar la oración de corazón por medios técnicos; perjudicarás tu corazón y, finalmente, orarás sólo de labios. Reconoce el orden de la vida espiritual: Dios da sus dones al alma humilde y sincera. Sé obediente, conserva la medida en todo, en la comida, la palabra, en toda ocasión; es entonces que el Señor mismo te dará la gracia de la oración interior.

Los poderosos no harían la guerra si conocieran el Amor de Dios. La guerra es el fruto del pecado, no del amor. Dios nos ha creado por el amor y nos ha encomendado la caridad fraterna. Son el poder y la codicia de los orgullosos quienes arrastran al mundo a la guerra.

La tierra estaría llena de paz si los hombres guardaran el temor de Dios. Pero han abandonado sus mandamientos, viven según su propia voluntad, como si Dios no existiera, buscando únicamente gozar del mundo y pensando que los gozos de aquí abajo son los únicos verdaderos. Yo también he creído encontrar, alguna vez, la felicidad en la tierra. Era saludable, fuerte, alegre; la gente me deseaba el bien y yo me jactaba de ello; pero cuando conocí al Señor en el Espíritu Santo, toda la felicidad de este mundo me pareció como el humo. El verdadero gozo está solamente en el Señor; nuestra alma es verdaderamente feliz solamente en Él. Así como el sol da vida a las flores del campo y el viento las hace ondular, así el Espíritu Santo da calor y vivifica el alma.

El silencio espiritual nace del deseo de cumplir el mandamiento de Cristo. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. El silencio es suscitado por la búsqueda del Dios viviente en el hombre que desea liberarse de las tentaciones del mundo, para encontrar así, en la plenitud del amor, al Señor; para vivir en su presencia en la oración pura.

¿Cómo podría no buscarte? ¡Te has revelado a mi alma de una forma tan increíble! La has hecho prisionera de tu amor, y ella no puede olvidarte.

¡Súbitamente el alma desea al Señor y lo reconoce! ¿Quién puede describir esta alegría y este consuelo? El Señor es reconocido en el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo obra en el hombre entero, en la inteligencia, en el alma y en el cuerpo. Así Dios es reconocido en el cielo y en la tierra. En su infinita bondad, el Señor me ha dado esta gracia, a mí pecador, para que los hombres lo conozcan y se vuelvan a Él.

Alabado sea Dios y su gran misericordia, porque Él nos ha concedido la gracia del Espíritu Santo. No son necesarias ni riquezas, ni erudición para conocer a Dios, sino obediencia y castidad, un espíritu humilde y el amor al prójimo. El Señor ama tal alma y se revela a ella; la instruye en el amor y la humildad, y le da lo que es necesario para gustar de la Paz de Dios.

Dios es Amor; Él nos ha dado el mandamiento de amarnos los unos a los otros e incluso a nuestros enemigos; y es el Espíritu Santo quien nos enseña este amor.

Guarda la paz del Espíritu Santo y no la pierdas a causa de las vanidades. Si afliges a tu hermano, afliges a tu propio corazón; si estás en paz con tu hermano, el Señor te dará infinitamente más...

Expulsa inmediatamente los pensamientos impuros, porque aceptándolos pierdes el amor de Dios y el celo de la oración. Si renuncias a tu propia voluntad, el Maligno es vencido y la recompensa es la Paz.

Vuelvan hacia Él, pueblos de la tierra, eleven sus oraciones hacia Dios. Si la oración del mundo entero se eleva hacia Él, como una columna grandiosa y silenciosa, entonces todos los cielos exultarán y cantarán la alabanza del Señor por su Pasión que nos ha salvado.

Yo he conocido por gracia, cómo aquel que ama a Dios y observa sus mandatos está pleno de luz y se asemeja al Señor. Al contrario, aquellos que le resisten están llenos de tinieblas y se parecen al adversario.

El Señor me concedió ver entre los *staretz* rusos a un monje que escuchaba confesiones; tenía la apariencia de Cristo. Si bien sus cabellos eran blancos por la ancianidad, su rostro era bello y joven como el de un adolescente. Estaba parado en el lugar donde se escuchan las confesiones, indescriptiblemente radiante. También he visto una vez un obispo durante la santa liturgia... Cuando el Padre Juan de Cronstadt celebraba la liturgia, su rostro era semejante al de un ángel. Se sentía el deseo de mirarlo sin distracción; yo mismo lo he visto. Es que la gracia de Dios embellece al hombre; en cambio el pecado lo deforma.

¿Cómo puedes saber que vives conforme a la voluntad de Dios? He aquí el signo: si estás preocupado por algo, esto quiere decir que no estás completamente abandonado a la voluntad de Dios, aunque te parezca vivir según su voluntad. Aquel que vive según la voluntad del Señor, no se inquieta por nada. Si una cosa le es necesaria la pone en manos del Señor; y si no la recibe, permanece en calma, como si la hubiese recibido. Cualquier cosa que suceda, no lo hace temer, porque sabe que tal es la voluntad de Dios. Si una enfermedad lo golpea, piensa: “la enfermedad es necesaria para mí, de otra forma el Señor no me la habría enviado”. Así guarda la paz del cuerpo y del alma. Quien ha logrado abandonarse a Dios en todas las cosas vive solamente en Dios, y en esta alegría interior, ruega por todos los hombres.

¡Cuán grande debió ser el sufrimiento de la Madre de Dios al pie de la cruz! Es que su amor era inmensamente grande y nosotros sabemos bien que quien más ama, también sufre más. Según su naturaleza humana, la Madre de Dios no podría haber soportado tal dolor si no se hubiese abandonado a la Voluntad de Dios y así, reconfortada por el Espíritu Santo, recibió la fuerza para sobrellevar su dolor. He aquí por qué llegó a ser para siempre, para todo el pueblo, el consuelo en el sufrimiento. “Heme aquí, yo soy la servidora del Señor; que se haga en mí según tu palabra.” Así habla la Santa Virgen abandonándose enteramente a la Voluntad de Dios. Si nosotros también dijéramos: “Yo soy tu servidor; que se haga tu voluntad”, entonces la Palabra de Dios habitaría en nuestra alma y el mundo se llenaría del amor de Dios. Pero si bien la Palabra de Dios ha sido anunciada desde hace siglos en el universo, los hombres no la comprenden y no quieren aceptarla.

Soy viejo y me aproximo a la muerte. He escrito la verdad por amor a los hombres, para que mi corazón sufra. Si pudiera ayudar a un solo hombre a encontrar la salvación, bendeciría a Dios eternamente, pero mi alma sufre por el mundo entero; ruego y lloro por todos los hombres para que hagan penitencia y reconozcan a Dios para vivir en el amor y ser libres en Dios.

Distinguimos diversos grados de amor. El primero, es el temor de ofender a Dios. Quien mantiene su alma libre de todo mal pensamiento ha alcanzado el segundo. El tercero es el del alma que lleva sensiblemente la gracia en sí; el cuarto es el amor perfecto de Dios y aquel que lo posee tiene en el cuerpo y en el alma la gracia del Espíritu Santo. Su cuerpo es santificado y sus huesos serán incorruptibles. Aquel que vive en una tal santidad está libre de toda envidia y de toda pasión; la caridad lo envuelve completamente, y las cosas de la tierra no tocan más al alma. Y si bien este hombre vive en el mundo junto con los otros, sin embargo olvida las cosas de este mundo en su amor por Dios.

Hay hombres que no temen la muerte y que dicen con san Simeón: “¡Deja ir ahora, Señor, a tu servidor!”.

Conozco un hombre a quien el Señor visitó por su gracia. Si el Señor le hubiese preguntado: “¿Quieres que te de todavía más?”, él le hubiese respondido en su impotencia carnal: “Señor, Tu me ves, si me dieras más, yo moriría”. Porque la potencia del hombre es limitada y no puede contener la plenitud de la gracia. El Señor ha subido al cielo y nos espera; pero estar con Dios quiere decir serle semejante. También nosotros debemos ser humildes y simples como los niños y servir al Señor. Entonces, un día, estaremos con Él en el Reino de los cielos, porque ha dicho: “Allí donde Yo estoy, allí estará mi servidor”. Ahora mi alma está desalentada y abatida; mi espíritu no es puro, mis pecados me abruman y yo no tengo más lágrimas. He perdido la alegría y la paz; mi alma es impenitente y está fatigada por las tinieblas de la vida.

San Poimén el Grande dice: “Nuestra voluntad se eleva como una muralla de hierro entre nosotros y Dios e impide que podamos unirnos a Él y ver su gracia”.

¿Qué me ha sucedido? ¿Cómo puedo recobrar lo que he perdido? ¿Quién me cantará el canto que yo amaba desde mi infancia, el cántico de la Ascensión del Señor? Escucharé este cántico con lágrimas porque mi alma está triste. ¡Laméntense conmigo, pájaros y animales salvajes; lloren conmigo, bosques y desierto! ¡Consuélenme, oh criaturas de Dios!

Aquel que ha experimentado la dulzura del amor de Dios sabe que el reino de Dios está en nosotros. ¡Bienaventurado aquel que ha amado la humildad y las lágrimas y ha tenido horror a los malos pensamientos! Bienaventurado quien ama a su hermano, porque nuestro hermano es nuestra vida. Quien ama a un hermano tiene dentro de su alma de una manera sensible al Espíritu de Dios que le da paz y alegría, le da sus lágrimas por el mundo entero. Yo no puedo callarme con respecto a los hombres, por ellos sufre mi alma; los amo en el llanto, ruego por ellos con lágrimas. No puedo callar, hermanos míos, no puedo ocultar la bondad de Dios y no advertirles acerca de las astucias del Maligno.

No hay mayor felicidad que amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, y al prójimo como a sí mismo, según el mandamiento del Señor.

Quien tiene en su corazón este amor siente la alegría en todas las cosas; pero sin él, el hombre no puede gustar la paz. Si alguna cosa lo excita, acusa a los demás, como si ellos lo hubiesen ofendido, y no comprende que él mismo es el culpable, habiendo perdido el amor de Dios, y así condena y desprecia a su hermano.

Una vez, un día de Pascua, salí por la puerta principal del monasterio; un niño de cuatro años aproximadamente, con cara de fiesta, vino a mi encuentro -la gracia de Dios hace felices a los niños-. Yo tenía un huevo de Pascua y se lo di. Lleno de alegría, el niño corrió junto a su abuelo para mostrarle el regalo. Y por esta cosa insignificante, recibí de Dios una inmensa alegría; experimenté el amor por toda criatura y sentí el Espíritu de Dios en mi alma. De vuelta en la casa, oré largamente con lágrimas en una profunda compasión por el mundo.

Si el Espíritu Santo habita en un alma, el hombre reconoce en sí el Reino de Dios. Dices, seguramente: ¿Por qué no tengo yo, una tal gracia? Porque quieres vivir según tu voluntad propia y no quieres abandonarte a la de Dios.

El alma debe estar llena de un amor tan extraordinario por Dios, que el espíritu, liberado de toda otra preocupación, ponga todas sus energías sin interrupción en Dios.

¡Feliz el pecador que se convierte a Dios y lo ama! Aquel que comienza a odiar el pecado ha alcanzado el primer grado de la escala celestial. Si los deseos de pecar no te asaltan más, entonces, has alcanzado ya el segundo grado. Pero quien en el Espíritu Santo conoce el amor perfecto de Dios, ha

llegado a un punto elevado de la escala del cielo. Sin embargo esto sucede raramente.

Compréndanme, es simple: los hombres que no conocen a Dios y se le resisten son dignos de piedad; mi corazón sufre por ellos y mis ojos vierten lágrimas. Tanto el Paraíso como el infierno son visibles para nosotros: los hemos descubierto en el Espíritu Santo.

¿No es el Señor mismo quien dice: *El Reino de Dios está en ustedes?* Es ahora que comienza la vida eterna, es ahora que arrojamos la simiente de los tormentos eternos. ¡Les ruego, hermanos míos, hagan la prueba! Si alguien los ofende, los calumnia, arrebatara lo que es de ustedes, e incluso si es un perseguidor de la santa Iglesia, rueguen a Dios y digan: “Señor, somos tus criaturas, ten piedad de tus servidores y conduce sus corazones a la penitencia”. Entonces sentirás la gracia en tu alma. Ciertamente, al principio, debes esforzarte en amar a tus enemigos; pero el Señor viendo tu buena voluntad te ayudará en todas las cosas y la experiencia misma te indicará el camino. Quien, por el contrario, medita en las malas cosas contra sus enemigos no puede poseer el amor y, por lo tanto, no puede conocer a Dios.

No ser violento con tu hermano; no juzgarlo jamás. Convencerlo con la dulzura y el amor. Orgullo y dureza quitan la paz. Ama a quien no te ama y ruega por él; así tu paz no será turbada.

Puedes decir: los enemigos persiguen a nuestra Santa Iglesia, ¿cómo puedo yo amarlos? Escúchame: tu pobre alma no ha conocido a Dios; no ha reconocido cuánto nos ama y con qué deseo espera que todos los hombres hagan penitencia y consigan la vida eterna. Dios es Amor. Él envía sobre la tierra el Espíritu Santo que enseña al alma a amar a los enemigos y a rogar por ellos para que sean salvados. Este es el verdadero amor.

Es dulce la gracia del Espíritu Santo e infinita la bondad del Señor, nosotros no podemos describirla con palabras. El alma tiende hacia Él, insaciable, invadida por su amor. Ella ha encontrado el reposo en Él y ha olvidado completamente el mundo. No siempre el Misericordioso concede esta gracia al alma; frecuentemente da el amor por el mundo entero, y es entonces que el alma llora por él e implora del Todopoderoso que derrame su gracia sobre toda alma y, en su piedad, perdone.

Nuestra alma desea saber cómo fue tu vida con el Señor sobre la tierra, ¡oh, Madre de Dios! Pero has envuelto tu secreto en el silencio, no fue tu voluntad librar todo esto a la Escritura.

Siendo un joven novicio, yo oraba un día frente al icono de la Madre de Dios y la oración de Jesús irrumpió en mi corazón y, desde entonces, habita allí para siempre. Un día, estaba en la iglesia y escuché la profecía de Isaías: *¡Lávense, sean puros!* Y me vino a la mente la duda de saber si la Madre de Dios había pecado. Y mientras oraba, una voz decía claramente en mí: “La Madre de Dios no ha pecado jamás, ni siquiera de pensamiento”. Así, el Espíritu Santo dio testimonio de su pureza en mi corazón.

Si la vida de la Madre de Dios está, en cierto sentido, oculta en un silencio sagrado, sin embargo, el Señor ha hecho conocer a la Iglesia que Ella abraza en su amor al mundo entero, y que, en el Espíritu Santo, Ella ve a todos los pueblos de la tierra y tiene piedad de ellos.

¡Que los hombres sepan cuán grande es el amor de la purísima Madre de Dios hacia todos aquellos que están en pecado! Yo, por mi parte, he experimentado esto. No conocía a la Madre de Dios, pero el Espíritu Santo me la hizo conocer. Hace más de cuarenta años que Ella me visitó, a mí pecador, y me instruyó. Yo, miserable, estaría muerto, pero escuché su voz y recogí estas palabras: “Lo que tú haces me repugna”. Estaba tan llena de amor, era tan agradable, tan dulce su voz, que jamás pude olvidar estas palabras y no sé cómo agradecer, yo pecador, a la Madre de Dios, llena de gracia y de misericordia.

Todo en el cielo vive y se mueve en el Espíritu Santo, pero Él está presente igualmente sobre la tierra; Él está presente en nuestra Iglesia, vive en los santos Sacramentos, en la Santa Escritura, en el corazón

de los fieles. Él unifica a todos y es por esto que los santos nos son tan próximos, nos escuchan si los invocamos y nuestra alma siente que ellos interceden por nosotros.

Los santos viven en otro mundo y allí ven la gloria de Dios, pero ven también, en el Espíritu, toda nuestra vida y nuestras acciones. Saben nuestros sufrimientos y escuchan nuestras fervientes oraciones. El Espíritu Santo les enseñó el amor de Dios durante su vida terrestre y aquel que posee este amor sobre la tierra entra en la Vida eterna y allí, en el cielo, el amor se engrandece y alcanza su perfección.

Y si aquí abajo el amor no puede olvidar a su hermano, cuánto más los santos se acordarán y orarán por nosotros.

Pero heme aquí, entristecido porque no soy humilde. El Señor no me da la fuerza para crecer espiritualmente y mi espíritu impotente se apaga como una débil luz. Al contrario, el espíritu de los santos, era como un incendio, y no se apagaba con el viento de las tentaciones, sino que quemaba aún más. Por amor a Cristo, soportaron toda aflicción en la tierra; no se dejaron espantar por los sufrimientos y, en eso, glorificaron al Señor y el Señor los amó y los glorificó, y les dio el Reino eterno, en comunión con Él.

Todavía hoy hay monjes que experimentan el amor de Dios y tienden, día y noche, hacia Él. Ellos socorren al mundo con su continua oración e incluso con su palabra escrita. Pero la preocupación de la salvación de las almas reposa sobre todo en los pastores de la Iglesia, que llevan en sí una tal gracia que nosotros nos maravilláramos si pudiésemos ver una belleza semejante. Pero el Señor la oculta para que sus servidores no se enorgullezcan, sino que permanezcan humildes y se salven.

Los hombres no saben nada de este misterio; pero san Juan el Teólogo dice claramente: *Seremos semejantes a Él*. Y eso no será solamente después de la muerte, sino desde ahora, porque el Señor ha enviado su Espíritu a la tierra y Él está presente en nuestra Iglesia.

Algunos dicen que los monjes deben servir al mundo para no comer su pan sin ganarlo. Pero sería necesario saber en qué consiste este servicio del monje, cómo debe ayudar al mundo. Ahora bien, el monje ora con lágrimas por el mundo entero y en esto consiste su obra principal. ¿Y qué lo empuja a orar y llorar por el mundo entero? Jesús, el Hijo de Dios, da al monje, en el Espíritu Santo: el amor -y su alma siente una continua angustia por los hombres-, porque muchos no buscan la salvación de su alma.

No deseo otra cosa que orar por los otros como lo hago por mí mismo. **Orar por los hombres quiere decir: dar la sangre de su propio corazón.**

El alma que ora por el mundo sabe cuánto sufre y cuáles son las necesidades de los hombres. La oración purifica el espíritu de tal suerte que el espíritu ve todo de una forma más clara, como si conociera al mundo por los periódicos.

El Señor dice: *Aquel que peca es esclavo de su pecado*. Se debe orar mucho para librarse de una tal servidumbre. Nosotros pensamos que la verdadera libertad consiste en amar a Dios y al prójimo con todo el corazón. La perfecta libertad es la habitación continua en Dios.

Quien es perfecto no habla de sí sino que dice solamente lo que le enseña el Espíritu.

No es la misión de los monjes servir al mundo con el trabajo de sus manos; esto es asunto de los laicos. Gracias a los monjes, la oración no cesa nunca sobre la tierra y esa es su utilidad para el mundo. El mundo existe gracias a la oración. Si la oración cesara, el mundo perecería. Si un monje es tibio en la oración, si no consigue vivir siempre en contemplación, que acoja a los peregrinos y ayude también a las personas del mundo con el trabajo de sus manos; esto también complace a Dios; pero entonces que sepa que ésa no es la verdadera vida monástica.

El monje debe combatir sus pasiones y vencerlas con la ayuda de Dios. A veces el monje es bienaventurado en Dios, como si estuviese en el Paraíso; frecuentemente llora y ruega por la humanidad entera, animado por el deseo de que todos sean salvados. Por lo tanto, el Espíritu enseña al monje a amar el mundo. Tú dirás: puede ser que no existan más, en nuestros días, monjes que rueguen por todos los hombres; pero yo te digo que grandes desgracias y la destrucción misma del universo sobrevendrá si no hay orantes en el mundo.

Como los santos apóstoles que anunciaron al pueblo la palabra de Dios y cuyas almas estaban por entero en Dios -porque vivía en ellos el Espíritu de Dios- así el monje contempla en espíritu la grandeza de Dios, aún encontrándose físicamente en una estrecha y pobre celda. El monje guarda su corazón para no ofender a su hermano y no contristar al Espíritu Santo con los malos pensamientos. Humilla su alma y así mantiene lejos de sí y de los otros hombres que imploran su oración, a los espíritus malignos.

Aquel que ama a Dios puede pensar en Él día y noche; nadie podría impedirlo. Así, nadie impidió a los apóstoles amar al Señor; vivieron en el mundo, pero el mundo no impidió de ninguna manera su amor. Ellos rogaron por el mundo y proclamaron la Palabra.

El Espíritu del Señor nos enseña a orar en todas partes, incluso en el desierto, por todos los hombres, por el mundo entero. No hay nada mejor que la oración. Los santos oraban sin cesar, no permanecían un segundo sin orar.

Quien es humilde ha vencido ya a sus enemigos. Quien se considera en su corazón digno del fuego eterno, es evitado por los espíritus malignos, y no tiene ningún pensamiento malo en su corazón; sino que su espíritu y su corazón reposan enteramente en el Señor. Quien ha conocido al Espíritu Santo, y por Él se ha revestido de humildad, ha llegado a ser semejante a su Maestro Jesucristo el Hijo de Dios.

Los santos Padres ubicaron a la obediencia por encima del ayuno y de las oraciones, porque un monje desobediente podría considerarse un asceta o un orante, en cambio sólo es puro de espíritu quien remite su voluntad propia a la de sus superiores y de su Padre espiritual.

Por lo tanto, un monje desobediente nunca sabrá lo que es la oración pura. Un hombre orgulloso y obstinado no puede conocer la pureza espiritual, ni siquiera si viviera cien años en su monasterio. Él ofende a sus superiores con su desobediencia y a Dios en su persona.

No es posible guardar la paz interior sin velar sobre nuestros pensamientos.

No juzgar a los demás. Muy frecuentemente hablamos de lo que no conocemos o de lo que conocemos mal, cuando puede ser que este hermano sea espiritualmente semejante a un ángel.

No te ocupes de las cosas de los demás; presta atención a las tuyas y cumple lo que tu superior te manda; entonces Dios te ayudará con su gracia y gustarás los frutos de la obediencia en tu alma; paz y oración continua.

Esfuézate por alcanzar el bien, pero comienza por medir tus fuerzas. Busca saber lo que es útil para tu alma. Algunos llegan a ello orando cada vez más, otros leyendo o escribiendo. Todo esto es necesario, pero es preferible al alma orar sin distracción, y más preciosas todavía son las lágrimas. Cada uno se entrega a la gracia que Dios le da.

En la vida común, frecuentemente perdemos la gracia de Dios porque no tratamos de amar a nuestro hermano según los mandamientos de Cristo. Si tu hermano te ofende y te asalta un mal pensamiento, si lo condenas y te resientes con odio, sentirás que la gracia penetra más difícilmente en tu alma. Ejercítate, por la paz del alma, en amar aún a aquel que te calumnia y en orar por él. Pide a Dios con todas tus fuerzas el don de amar a todos los hombres, pues el Señor ha dicho: *Amen a sus enemigos*. Si no los amamos, no podemos gustar de la gracia divina.

Es absolutamente necesario adquirir la obediencia, la humildad y la caridad, de otra forma toda nuestra ascesis es vana y obramos como aquel hombre que tiraba agua en un tonel sin fondo; al igual que este tonel, el alma permanece vacía.

Queridos hermanos, lean con celo el *Evangelio*, los *Hechos de los Apóstoles* y las obras de los santos Padres. El alma que entra en esta escuela conoce a Dios, y nuestro espíritu vive de tal forma en el Señor que olvidamos completamente el mundo. Es como si no hubiésemos nacido nunca en esta tierra. Mediante la obediencia, el hombre está preservado del orgullo; por la obediencia le es concedido el don de la oración; por la obediencia, Dios le da el Espíritu Santo. También la obediencia es más importante que el ayuno y la oración.

Si eres totalmente humilde, encontrarás la paz perfecta en Dios. Dos pensamientos bien diferentes pueden levantarse sobre nosotros; combátelos a los dos. Uno dice: Eres santo; y el otro: No te salvarás. No hay nada de verdadero en estos pensamientos y los dos vienen del Maligno.

Ahora bien, piensa esto: yo soy un gran pecador pero Dios está lleno de misericordia y ama a los hombres y perdonará mis pecados. No te confíes en tus prácticas ascéticas, ni siquiera si haces esfuerzos espirituales grandes. Un día me dijo un *podvishnik* (asceta): “Yo encuentro la gracia ante Dios únicamente porque hago numerosas genuflexiones”. Pero llegado el momento de la muerte, se desesperó. Porque Dios no tiene piedad de nosotros a causa de nuestras obras sino por su sola Bondad. La incredulidad proviene siempre del orgullo. El hombre orgulloso quiere comprender todo con su razón, pero Dios se revela solamente al alma humilde. El Señor muestra todas sus obras al alma humilde. Un alma abandonada a la voluntad de Dios está siempre tranquila y llena de paz, sabiendo por experiencia y por la Sagrada Escritura que el Señor vela por nosotros y vivifica nuestra alma con su gracia.

Mi espíritu está impregnado de Dios. Estoy seguro de que el Señor me guía si me abandono humildemente a su Voluntad.

Cuanto más grande es el amor, más grande es la pena del alma; cuanto más vasto es el amor, más pleno es el conocimiento; cuanto más ardiente es el amor, más ferviente es la oración; cuanto más perfecto es el amor, más santa es la vida.

Si todos los hombres observaran los mandamientos de Dios, sería el Paraíso sobre la tierra y tendríamos a nuestra disposición todo lo que nos es necesario. El Espíritu Santo habitaría en los corazones de los hombres porque busca establecer en ellos su morada; pero a causa de la vanidad de nuestro espíritu, no encuentra lugar en nosotros.

Que nuestra vida sea simple pero sabia. La Madre de Dios se apareció a san Serafin y le dijo: “Dales (a las monjas) un trabajo, y la que guarde la obediencia y la sabiduría estará como tú, cerca de mí”.

El alma en oración siente este amor, y el Espíritu de Dios da en el alma testimonio de su salvación.

Estamos en la lucha cada día a toda hora...

Todo nuestro combate debe tender a adquirir la humildad. El Maligno cayó a causa de su orgullo y trata de tentarnos también a nosotros. Al contrario, hermanos míos, busquemos la humillación para poder contemplar la gloria de Dios desde aquí abajo, pues el Señor se hace conocer al humilde por medio del Espíritu Santo.

El alma se humilla completamente si ha gustado la dulzura del Amor divino. Es como si ella naciera de nuevo. Con todas sus fuerzas tiende hacia Dios, ama día y noche, y, por un instante, descansa en el Reposo de Dios; después vuelve a disgustarse a causa de los humanos.

Si mi amor por el Señor es tan ínfimo, y, sin embargo tan grande mi deseo, ¡cuán grande debe haber sido la pena de la Madre de Dios cuando, después de la Ascensión del Señor, se quedó sola en la tierra!

Durante largo tiempo no he rehusado comprender lo que me sucedía. Yo pensaba: no condeno a ninguna persona; no recibo en mí malos pensamientos; cumplo mis deberes concienzudamente; me privo en las comidas y ruego sin cesar, por lo tanto ¿por qué me asaltan los demonios? Me veo en el error y no puedo explicarme por qué. Cuando rezo, ellos desaparecen por un momento, pero siempre vuelven. Mi alma libra este combate desde hace mucho tiempo. Hablé con un *staretz*; y él permaneció en silencio y yo continué en la duda. Una noche, me encontraba sentado en mi celda, cuando de repente, se llenó de demonios. Oré con violencia, el Señor los expulsó, pero volvieron. Cuando me levanté para inclinarme frente a los iconos; uno se puso delante mío de forma que, al inclinarme, es a él a quien hacía la inclinación. Me senté de nuevo y dije: «Señor, tú ves que quiero orar con un corazón puro y que los espíritus malignos no lo soportan. Dime lo que debo hacer para que me dejen. Y así tuve en mi alma la respuesta de Dios: “Los orgullosos sufren siempre a causa de los demonios”. Entonces dije: “Señor, Tú eres misericordioso, hazme saber lo que debo hacer para que mi alma sea humilde”. Y el Señor respondió en mi alma: “Ten tu pensamiento puesto en el infierno, y no desesperes”».

¡Oh misericordia de Dios! Yo soy un horror frente a Dios y frente a los hombres, pero el Señor me ama, me alienta, me cura; y enseña Él mismo a mi alma la humildad y el amor, la paciencia y la obediencia. Él ha derramado toda su bondad sobre mí. Desde ese momento, tengo mi espíritu hecho un infierno y me siento quemar en los rincones oscuros, pero deseo a Dios, lo busco con lágrimas y digo: “Pronto moriré y entraré a la prisión oscura del infierno y allí me quemaré solo y gritaré al Señor y lloraré. ¿Dónde estás, mi Dios, Tú que conoces mi alma?”. Estos pensamientos me fueron de una gran ayuda, purificaron mi espíritu y mi alma encontró el reposo. ¡Admirables son las obras de Dios! El Señor me manda mantenerme en el pensamiento del infierno y esperar. ¡Él está cerca!

Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,20); “llámame en el día de la angustia y yo te salvaré, y me bendecirás”.

El alma se renueva enteramente cuando el Señor la toca. Pero esto lo puede comprender sólo quien ha hecho la experiencia, porque no podemos conocer las realidades celestiales sin el Espíritu Santo y Dios nos da este Espíritu aquí abajo.

Yo he errado en dos ocasiones. Una vez el enemigo me hizo ver una luz y mis pensamientos me decían: acéptala, es una gracia.

Otra vez, acepté una visión y he sufrido mucho. Esto sucedió al final de una vigilia nocturna, cuando se comienza a cantar: *¡Que todo lo que alienta, alabe al Señor!* Sentí cómo el rey David alababa en el Cielo. De pie en el coro, tuve la impresión de que ya no había más ni techo, ni cúpula, y vi el Cielo abierto. Hablé sobre esto a algunos hombres espirituales, pero ninguno me dijo que el Maligno se haya burlado de mí. Yo mismo pensé que los espíritus malos no podían alabar a Dios y, en consecuencia, esta visión no podía ser del Maligno. El orgullo se apoderó de mí y vi entonces a los espíritus malignos y entonces reconocí que había sido engañado. Relaté todo esto a mi confesor, rogándole que intercediera por mí; y gracias a sus oraciones he sido salvado, y suplico constantemente al Señor que me dé la humildad. Si se me preguntara qué dones quisiera recibir de Dios, respondería: el espíritu de humildad que es lo que más ama el Señor.

Recuerda que en el momento en que los espíritus te asaltan, el Señor te guarda. No tengas miedo, aunque debas ver al mismo Satán que quiere quemarte en su fuego y hacer prisionero tu espíritu. Espera vigorosamente en Dios y di: yo soy más malo que todos. Y el Maligno te dejará. Sintiendo que el espíritu de malicia obra en ti, no debes desalentarte; confíesate sinceramente y pide al Señor el espíritu de humildad; Él te lo dará, y tú, en la medida de tu humildad, sentirás en ti la gracia, y si llegas a ser todo humildad, tu alma obtendrá la paz perfecta.

Un alma humilde que guarda la fuerza de la gracia del Espíritu Santo tiene también la fuerza de soportar una revelación divina; pero quien posee la gracia en una débil medida es abrumado por la contemplación, no teniendo la fuerza para soportar el peso de la gloria de Dios. Los discípulos cayeron rostro en tierra cuando, Moisés y Elías, sobre el monte Tabor, dialogaban con el Señor transfigurado; pero más tarde, cuando la gracia del Espíritu Santo llegó a ser en ellos más grande, se pusieron de pie cuando el Señor se les apareció y pudieron hablar con Él.

Así san Sergio, en el momento de la aparición de la Madre de Dios se tendió delante de Ella porque habitaba en él la gracia de Dios; mientras que su discípulo Miguel cayó de rodillas, no pudiendo mirar a la Madre de Dios. San Serafín de Sarov poseía también la plenitud de la gracia del Espíritu Santo y permaneció igualmente parado cuando se le apareció la Madre de Dios mientras su discípulo cayó en tierra porque no existía todavía en él la misma gracia. Quien lleva en sí la gracia no teme a los malos espíritus porque se siente propietario del Poder de Dios.

Todas las almas no tienen las mismas posibilidades; unas son fuertes como el hierro y otras débiles como el humo. Las almas orgullosas son como el humo; el enemigo las lleva de aquí para allá, como el viento que sopla de un lado y de otro, porque no tienen paciencia y se dejan engañar fácilmente por el enemigo. Las almas humildes, al contrario, observan los mandamientos de Dios; edifican sobre el peñasco del mar sobre el cual rompen las olas. Se abandonan a la voluntad de Dios, y el Señor les da la gracia del Espíritu Santo.

Quien vive según los mandamientos siente en su alma a toda hora, en todo momento, la gracia de Dios; pero existe también quien no percibe la venida de la Gracia.

El que ha hecho la experiencia del Amor de Dios dirá: yo no he observado este mandamiento. Si bien oro día y noche, y me esfuerzo por crecer en toda virtud, no he realizado este mandamiento del Amor de Dios. Lo he cumplido perfectamente sólo en raros momentos. Sin embargo, mi alma quiere permanecer continuamente en el amor. Si pensamientos extraños lo asaltan, el espíritu piensa en Dios y en las cosas terrestres. Y el mandamiento de amar a Dios con todo el corazón y con toda el alma no se cumple. Si, al contrario, el espíritu entero está en Dios y no es habitado por ningún otro pensamiento, el mayor mandamiento puede ser realizado, aunque no lo sea todavía absolutamente.

Una nube oculta el sol y la sombra cubre la tierra. Así el alma pierde la gracia por un solo pensamiento de orgullo y la encontramos envuelta por entero de niebla. La gracia vuelve por un pensamiento de humildad; yo he hecho en mí mismo la experiencia.

Así como el hombre, que por ser viviente siente todo naturalmente, ya sea frío o calor; así el hombre que ha conocido el Espíritu Santo, por experiencia sabe bien cuándo la gracia visita el alma y cuándo el espíritu maligno la asalta.

Dios da un sentido al alma para que pueda reconocer su Venida, para amarlo y hacer su Voluntad. Y ahora, ¡atención! No distinguimos los pensamientos que vienen del Maligno por su forma sino por sus efectos en el alma. Esto lo aprendemos sólo por experiencia, de suerte que quien no ha hecho esta experiencia es fácilmente engañado por el Maligno. Si percibes una luz que nace en ti o que te rodea, ten cuidado si no sientes al mismo tiempo un impulso hacia Dios y de amor hacia el prójimo. Sin embargo no temas. Humíllate y la luz desaparecerá.

Hermanos míos, olvidemos la tierra y todo lo que contiene. La tierra nos aleja de la visión de la Trinidad inefable que los santos contemplan en el Espíritu Santo. Permanezcamos firmes en la oración limpia de toda imaginación y pidamos al Señor el espíritu de humildad.

El Señor es dulce y humilde de corazón; Él ama a sus criaturas. Donde está Dios está el amor universal, aún hacia los enemigos. Quienes no poseen este amor lo piden al Señor, que ha dicho: *Pidan y se les dará, busquen y encontrarán...* Y Él les dará ese amor.

Si el Señor viene al alma, esta no puede no reconocer a Aquel que la ha creado.

El Señor tiene compasión de todos. Y quiere que amemos de la misma forma a nuestros hermanos. Por eso: ama a los hombres hasta el punto de cargar sobre ti el peso de sus pecados.

Pronto moriré y mi alma perdida descenderá al infierno donde sufrirá sola y llorará amargamente. Mi alma desea al Señor y lo busca con lágrimas. ¿Cómo no buscarlo? ¡Él mismo me ha llamado primero y se me ha revelado, a mí, que soy un pecador!

Los santos ven y viven el infierno, pero el infierno no tiene poder sobre ellos.

Si el Señor ve que un alma no está todavía firme en la humildad, retira su gracia. En cuanto a ti, no te desalientes; la gracia está en ti, escondida. Hábitate a rechazar inmediatamente los malos pensamientos, y si has omitido hacerlo, haz el esfuerzo y toma este hábito.

Yo entré al monasterio poco después del servicio militar. Pero pronto me asaltaron las dudas y quise volver al mundo y casarme. Sin embargo me dije enérgicamente: es aquí que quiero morir a causa de mis pecados. Durante algún tiempo viví en la desesperación. Me parecía que Dios me había repudiado y que no había más salvación para mí. Me parecía que Dios no tenía piedad. Y estos pensamientos eran tan atormentadores que, aún hoy, no puedo recordar ese tiempo sin sentir espanto. El alma no tiene fuerza para soportarlo.

Adán, padre de la humanidad, había conocido la felicidad del amor de Dios en el Paraíso, y por eso sufrió amargamente cuando el pecado lo expulsó del Edén y le hizo perder el amor y la paz de Dios. Llenó el desierto con sus lamentos y el recuerdo de lo que había perdido atormentó su alma: ¡He ofendido al Señor amado!

Deseó de tal forma el Paraíso y su belleza, que sufrió por haber perdido el amor que atrae continuamente al alma hacia Dios... Toda alma que, después de haber conocido a Dios en el Espíritu Santo, ha perdido la gracia, vuelve a sentir el sufrimiento de Adán. Ella está enferma y triste por haber afligido al Señor amado.

Adán lloró amargamente. La tierra no le dio más ninguna alegría y su grito recorrió el desierto: «Mi alma desea al Señor y lo busca con lágrimas. ¿Cómo no buscar al Señor? Mi alma estaba feliz en Él y en paz, y el enemigo no estaba dentro mío. Ahora el espíritu de malicia ha adquirido poder sobre mí, mi alma está en la incertidumbre y bajo sus golpes. También ella languidece por el Señor y lo desea a muerte. Mi espíritu tiende hacia Él, nada sobre la tierra me regocija más, nada puede consolar mi alma. ¡Yo quiero ver al Señor y en Él ser saciado. No puedo olvidarlo y grito en la plenitud de mi pena: “Dios, mi Dios, ten piedad de mí, ten piedad de tu criatura caída”». Así se lamentaba Adán. Las lágrimas caían sobre sus mejillas, bañaban la tierra a sus pies; el desierto escuchó sus gemidos, los pájaros se callaron de dolor. Y así toda paz abandonó la tierra. Cuando vio a Abel muerto por su hermano Caín, no contuvo más su dolor y llorando gritó: «¡de mí saldrán los pueblos que se multiplicarán, pero vivirán en la enemistad y se matarán!».

¡Su dolor fue profundo como el mar! Puede comprender esto solamente aquel que ha conocido al Señor y sabe cómo nos ama. Yo también he perdido la gracia y grito como Adán: “¡Sé misericordioso conmigo Señor! ¡Dame el espíritu de humildad y de amor! Te deseo y Te busco con lágrimas. ¡Te has revelado a mí en el Espíritu Santo y es en este Conocimiento que mi alma Te desea!”.

Adán llora y dice: “El desierto me es indiferente; no me gustan las altas montañas, ni los prados, ni los bosques, ni el canto de los pájaros. Mi alma está de duelo, ¡he ofendido a Dios! Si Dios me vuelve a llamar al Paraíso, lloraré en la aflicción porque he contristado a mi Dios amado”.

Expulsado del Paraíso, Adán sufrió, lloró con lágrimas de desconsuelo. De la misma manera toda alma

que ha conocido a Dios dice: “¿Dónde estás, Señor, dónde estás mi Luz? Me has ocultado tu Rostro. ¿Qué te impide habitar en mi alma?”.

Pero sucede que me falta la humildad de Cristo, y no hay en mí amor por los enemigos.

Adán lloró por su maldad y la aflicción llenó su corazón. También sus lágrimas se agotaron, su espíritu ardía por Dios, y más que la belleza del Paraíso lo atraía la fuerza del Amor divino.

“¡Oh Adán, tú lo ves: mi espíritu débil no puede contener tu deseo de Dios, pero sí puede cargar con el peso de tu arrepentimiento. Tú ves cuánto sufro en la tierra, yo, tu hijo. El fuego del amor es tan débil en mí, está casi extinguido!

Adán, cántanos el cántico del Señor para que nuestra alma se eleve y se deje perder en la alabanza y la bendición de su Nombre, como en el cielo lo hacen los Querubines y los Serafines; como le cantan el triple *Sanctus* todos los ejércitos de Ángeles.

Patriarca Adán, cántanos el cántico del Señor, para que el mundo entero lo escuche y para que todos tus hijos orienten su espíritu hacia Dios, para que todos se renueven con los cánticos celestiales y olviden las penas de la tierra. Háblanos de la gloria de Dios que contemplas, háblanos de la Madre de Dios y cómo es bendecida y glorificada en el Paraíso. Cuéntanos algo de la alegría de los santos en la Patria, cómo se postran humildemente delante de Dios, resplandecientes de gracia. Adán, nuestro padre, nosotros estamos en la aflicción de la tierra. ¡Consuela y regocija nuestras almas afligidas! La tierra entera está sufriendo. ¿No puedes, en la plenitud del amor de Dios acordarte de nosotros? Tú ves, padre, nuestras penas en la tierra, ¡dinos una palabra de consuelo!”.

Y Adán respondió: “Hijos míos, vean mi alma, está llena del amor de Dios, goza de su belleza. Quien se pone en presencia del Rostro de Dios no puede acordarse de la tierra. Yo veo a la Madre de Dios en su esplendor; veo a los santos apóstoles y profetas, todos rodean a Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. Yo camino en los jardines del Paraíso porque Dios está conmigo. ¿Por qué me llaman? El Señor los ama; Él les ha dado sus mandamientos para que sean observados. Ámense los unos a los otros y encontrarán la paz en Dios. Hagan siempre penitencia por sus pecados”.

“A quien me ama, yo amo; a quien me bendice, bendigo”, dice el Señor.

¡Ruega por nosotros, tus hijos, oh Adán! Nuestra alma está angustiada y llena de penas. Tú habitas en el Paraíso, ves a los Querubines, a los Serafines y a todos los Santos. Sí, nosotros bramamos detrás de Dios. ¡Pero tan pobre es el fuego del amor en nosotros! ¡Tú mismo, pon en nosotros lo que debemos hacer para complacer al Señor y alcanzar el Reino de los cielos!

El amor de Dios no tiene límites, ¿quién podría describirlo?

Adán había perdido el paraíso terrestre y lo buscó con lágrimas. Por su muerte en la cruz, el Señor le abrió otro Paraíso; el Cielo donde resplandece la luz de la Santa Trinidad.

El alma llena del amor de Dios olvida el cielo y la tierra. Su espíritu contempla ya invisiblemente a Aquel que desea.

Un día durante las Vísperas, me puse en oración frente al icono del Salvador, mirando la imagen dije: “¡Señor Jesucristo, ten piedad de mí, pecador!”. Al pronunciar estas palabras vi en lugar del icono al Señor Jesús vivo, y la gracia del Espíritu Santo llenó mi alma y mi cuerpo. Y conocí en el Espíritu Santo que Jesucristo es Dios y el deseo de sufrir por Él se apoderó de mí.

Desde ese momento mi alma arde en el amor de Dios. Las cosas terrestres no me atraen más. Dios es mi alegría y mi fuerza, mi sabiduría y mi riqueza. Por lo tanto, alabanza y bendición a tu misericordia, Señor, Tú que haces saber al alma cuánto amas a tu criatura, y mi alma ha reconocido en Ti a su Señor

y su Creador.

Yo conseguí en una ocasión obtener una obediencia (*podvig*) conforme a mi voluntad. Estaba empleado en la administración del monasterio y quería irme a vivir con los *staretz* en *Viejo Rossikon*. Allí se ayunaba rigurosamente y se comía continuamente comidas de vigilia con excepción del sábado y del domingo.

Pocas personas se acercaban a estos monjes debido a la severidad de sus vidas. En ese momento, el Padre Serapión era el hospedero y comía únicamente pan y agua. Después de él lo fue el Padre Onésimo que atraía por su bondad, su humildad y su elocuencia. Era tan humilde y tan dulce que con solo mirarlo uno se sentía mejor. ¡Tan grande era la paz que emanaba de este hombre!

Yo he vivido con él mucho tiempo. También estaba el Padre Sabino que no dormía en una cama desde hacía siete años. Y el Padre Dositeo, un monje perfecto en todos los aspectos... El Padre Anatole era un monje de gran hábito que tenía el don de la penitencia, y como él decía, reconocía solamente la acción de la gracia. Samuel, a quien se apareció la Madre de Dios, era muy viejo y había conocido a san Serafín de Sarov; alrededor de su celda, allí donde ahora hay un pequeño jardín, crecían las hierbas, y yo las cortaba. El Padre Israel estaba sentado en un banco a la sombra de una encina verde con su *chotcki*¹¹⁰ en las manos. Me acerqué. Yo era todavía un joven monje; me incliné frente a él con respeto diciéndole: “¡Bendíceme, Padre!”. “Dios te bendecirá, hijo mío, en Cristo”, respondió con amor.

Le dije: “Padre, todos ustedes están solos aquí, y es aquí que uno se puede entregar convenientemente a la oración espiritual”. Él me respondió: “La oración no puede existir sin la participación del espíritu, sin embargo como ves, nosotros estamos sin espíritu”. Yo no comprendí el sentido de estas palabras, y tuve vergüenza y no me atreví a pedirle una explicación. Más tarde comprendí lo que quiso decir: somos ignorantes porque no vivimos como se debe, porque no sabemos servir a Dios.

Yo quería vivir al lado de los ascetas. Penitentemente, mendigando, obtuve el permiso de mi Abad y dejé la administración. Pero no satisfizo a Dios que yo viviese allá, y después de un año y medio volví a mi primer puesto de servicio en el monasterio: las construcciones.

Un asceta (*podvishnick*) me preguntó: “¿Lloras por tus pecados?”. “Poco, -le respondí-, pero lloro mucho por los muertos”. Luego dijo: “Llora también por ti, Dios tendrá piedad de los otros”. Le obedecí y no lloré más por los muertos, pero las lágrimas por mí mismo se agotaron. Poco tiempo después, yo lloraba con otro asceta que, teniendo el don de lágrimas, contemplaba sin cesar la Pasión de Nuestro Señor, Redentor y Rey de gracia; él derramaba raudales de lágrimas, día tras día. Respondió a mi pregunta sobre este tema: “¡Oh! Si fuera posible, arrancaríamos del infierno a todos los hombres y solamente entonces mi alma estaría tranquila y gozosa”. Diciendo esto hizo un gesto con la mano como para recoger las gavillas en los campos y así las lágrimas cayeron en abundancia sobre mi rostro... A partir de ese momento, no omití nunca más orar por los muertos. Las lágrimas volvieron y con ellas la oración.

Yo buscaba frecuentemente al Señor cuando más necesitado estaba y tuve siempre una respuesta. Nosotros no podemos comprender este amor con nuestro espíritu, sino solamente por la misericordia divina y la gracia del Espíritu Santo. Puede ser, se me dirá, que todo esto suceda sólo a los santos. Pero yo digo que Dios ama también a los grandes pecadores y les da su gracia para que sus almas abandonen el pecado.

El Señor los recibe con alegría y los presenta al Padre y así habrá alegría a causa de ellos en todo el cielo.

El Señor ama a todos los hombres, pero más todavía a aquel que lo ama.

¹¹⁰ Instrumento similar al rosario que se utiliza para contar las jaculatorias.

El 14 de setiembre de 1932 hubo un fuerte temblor de tierra en el Athos. Estábamos en los Maitines de la Exaltación de la Santa Cruz. Yo me encontraba en el coro, cerca del lugar donde se escuchan las confesiones; el superior del monasterio estaba al lado mío. En la nave de las confesiones, las piedras cayeron, el gran edificio del monasterio fue sacudido, candelabros y lámparas se mecían; la plata de los muros caía, en fin la gruesa campana de la torre sonaba violentamente. Quedé totalmente sobrecogido de temor y me calmaba diciendo: Dios quiere que hagamos penitencia. Miramos a los monjes que se encontraban en la iglesia o el coro; hubo algunos que fueron tomados por sorpresa; seis aproximadamente salieron, los otros permanecieron en su puesto. La liturgia se desarrollaba regularmente, tan tranquilamente como si nada hubiese ocurrido. Y pensé: ¡Qué poderosa es la gracia del Espíritu Santo en las almas de los monjes, pues son capaces de permanecer en calma durante un temblor de tierra tan violento!

El alma es arrebatada por el amor de Dios; permanece en el silencio y no quiere hablar; mira el mundo como ausente y sin deseo.

Los hombres no saben que ella ve al Señor amado; ha dejado y olvidado el mundo, no encontrando más ninguna dulzura en él.

Así, colmada de amor está el alma que ha gustado de la dulzura del Espíritu Santo.

¡Oh Señor, danos ese amor a todos nosotros!

Dáselo al mundo entero.

¡Espíritu Santo, desciende en nuestras almas para que glorifiquemos al Creador a viva voz, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!

¡Amén! ¡Amén! ¡Aleluya!